



Tantos lobos

Lorenzo Silva



DESTINO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota preliminar](#)

[Del XI grado del signo de Virgo...](#)

[547 amigos](#)

- [1. Un asesino de niñas](#)
- [2. Tejido epitelial](#)
- [3. Una imagen inexacta](#)
- [4. Algún otro plan](#)
- [5. Protocolos de protección](#)
- [6. Enlace apagado](#)
- [7. Bad Romance](#)

[Antes de los dieciséis](#)

- [1. NOT your whore](#)
- [2. Ola k ase](#)
- [3. Los hombres no arañan](#)
- [4. Ninguna hipócrita](#)
- [5. Un expediente impoluto](#)
- [6. Otaku](#)
- [7. Nadie escucha](#)

Cuatro novios

1. No era el único
2. Sembrar la duda
3. Un dinosaurio
4. Un masaje
5. Una gracia especial
6. Unos cuantos polvos
7. Un atajo

La hija única

1. El peor escenario
2. Porque está limpio
3. Tantos lobos
4. Nada que hablar
5. No era el objetivo
6. Algo precipitado
7. Un desliz

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Cuatro nuevos casos del popular subteniente Bevilacqua y su ayudante Chamorro. Esta vez, nuestros protagonistas se verán obligados a centrar sus miradas en la cara más oscura que la vida moderna ha traído o ha acentuado. Cada uno de los crímenes a los que se enfrentan refleja los peligros a los que nuestros niños y jóvenes están expuestos cada día: las redes sociales, el acoso escolar o el auge de la violencia de género entre parejas jóvenes.

*Para mis padres, que me enseñaron
a no unirme a los lobos*

Nota preliminar

En el momento en que redacto estas líneas, hace casi veintidós años del día en que terminé de escribir la que sería la primera aventura de Bevilacqua y Chamorro, *El lejano país de los estanques*. No vio sin embargo la luz hasta la primavera de 1998, por lo que pronto hará veinte años de la relación de estos dos personajes con una comunidad de lectores que desde entonces no ha dejado de crecer. Mi deuda de gratitud con todos ellos es lo primero que aquí quiero hacer constar.

He anotado en más de una ocasión, durante estas dos décadas, que los personajes no nacieron con vocación de convertirse en sostén de una serie, sino tan sólo como protagonistas de un experimento literario que reputaba tan arriesgado como la narración más vanguardista: hacer de dos guardias civiles héroes literarios en la España de 1995 no era mucho más fácil que hacerle tragar el *Ulises* a la puritana sociedad irlandesa de comienzos del siglo XX. Corrí el riesgo porque siempre he creído en él en literatura, y porque era mi privilegio hacer lo que me daba la gana en un momento en el que me ganaba la vida con otra labor y escribir era un ejercicio de libertad absoluta; esa libertad nunca lo bastante ponderada que tiene el artista cuyo nombre, como dice Rainer Maria Rilke en sus *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, el mundo no conoce aún.

Han pasado más de veinte años y en ellos algunas cosas. El mundo, o al menos una pequeña parte de él, se fijó en lo que hacía, hasta el extremo de permitirme convertir la literatura en mi oficio y abandonar el otro que tenía; el reto en el que intento perseverar (quizá por eso sigo cotizando al colegio de abogados y mantengo el carnet profesional en la cartera) es que ello no me prive de la libertad creadora de la que me habitué a disfrutar durante mi largo ejercicio clandestino de la escritura. Cuento para ello con excelentes aliados:

los miles de lectores que han respondido favorablemente a esta idea que en principio parecía intempestiva y a algunas otras que se me han ido ocurriendo por el camino. Ellos no sólo me dan la posibilidad de escribir lo que siento que debo escribir, al margen de su conveniencia, sino que me imponen, también, la responsabilidad de no dejar de hacerlo por razón alguna.

Otro fenómeno acaecido en estos años, poco predecible para algunos, pero que he de decir que a mí no me ha sorprendido en exceso, es una muy notable mejora en la percepción ciudadana de los guardias civiles. Tanto es así que, lejos de ser esos leprosos literarios que tomé en mis brazos hace veinte años, se han convertido en personajes que gozan de general aprecio (salvo cuatro o cinco atrabiliarios) y a los que los narradores recurren con la naturalidad con que no lo hacían a finales del siglo pasado, cuando sólo se concebía la irrupción de un guardia civil en la ficción como figura grotesca, siniestra o ambas cosas a la vez.

A ello ha contribuido un mejor conocimiento del talante y la idiosincrasia de estos servidores públicos, y también la mayor visibilidad de sus acciones gracias a los medios de comunicación: desde su intervención en la resolución de crímenes más o menos llamativos hasta la labor valerosa y sostenida de los miembros del Cuerpo contra la corrupción de los poderosos, ese factor corrosivo de la España contemporánea que quizá como ningún otro Cuerpo policial han luchado por sacar a la luz. Por no hablar del inmenso y costoso servicio prestado a la sociedad, tanto vasca como española, con la liquidación policial de esa versión extrema de matonismo político que adoptó el nombre de ETA. Y, por encima de todo, la normalidad halagüeña que en medio de las coyunturas más infaustas, como un percance de tráfico, un desastre natural o un accidente de montaña, representa para la mayoría de la ciudadanía la aparición del coche patrulla o el helicóptero de la Guardia Civil.

Menciono todo esto para declinar, de paso, el mérito que a veces se me quiere atribuir y del que carezco. Es eso, la presencia normalizada y abnegada, y en ocasiones heroica, de los guardias civiles, lo que induce la mejora de su estima por la gente, que antes se les regateaba por efecto de una nube de prejuicios y desconocimiento; en muy escasa medida se debe a una modesta serie literaria que sólo llega a donde llega un libro en un país en el que casi la mitad de la gente no lee libros, y del resto la mayoría lee tan pocos que aportan a su vida algo muy marginal.

Más bien soy yo el que debe gratitud; por un lado, a la idea en apariencia descabellada que se abrió paso en mi mente y cuajó en forma de novela a lo

largo de aquel año 1995; y, por otro, a los muchos guardias civiles que, con generosidad abrumadora, me han permitido a lo largo de estos años nutrir mis ficciones con el mejor material posible: el que nace de la experiencia humana buscada, sentida e interiorizada.

Este libro intenta ser una pequeña celebración de todo lo que acabo de escribir, de esos veintidós años en compañía de dos tipos con los que nunca he dejado de sentirme bien; un hombre y una mujer con una misión que es noble y digna y que, como sus compañeros de carne y hueso, rara vez me decepcionan. Y de esos veinte años que pronto se cumplirán con la complicidad de tantos lectores, el único suelo y el único cielo para quien se dedica a componer historias con palabras.

De los cuatro relatos que aquí se reúnen, escritos entre 2010 y 2017 (de ahí la evolución en la graduación de los personajes), dos se publicaron en prensa, aunque han sido revisados para esta edición, y los otros dos son rigurosamente inéditos. Todos ellos tienen dos elementos en común. El primero es que suceden en verano, el tiempo de la distracción, el calor (cada vez más calor, conforme va quedando claro que lo del cambio climático, como ya sabían hace tiempo en los bordes del Sáhara, no era un camelo) y la ofuscación de algunas mentes, incluidas las criminales. El segundo es que tienen por víctimas a criaturas que por sus pocos años resultan más vulnerables, lo que no disuade, sino más bien anima a ciertas personas a disponer violentamente de sus vidas. Una tendencia que nos alerta de la pésima índole que alojamos en los pliegues más oscuros de nuestra especie y señala la necesidad de contar con gente como Bevilacqua y Chamorro y sus referentes reales. Gente que les haga sentir a los muchos lobos que entre nosotros habitan que Caperucita no está sola en el bosque. Que hay a quien le importa lo que pueda sucederle, hasta el punto de dedicar su vida a protegerla.

Illescas, 11 de septiembre de 2017

Del XI grado del signo de Virgo es la piedra quel dizen calcant, e es otrossí la cuarta manera de azech que avemos dicho. Blanco es de color, e dízenle en arábigo xehera, que quier tanto decir en este lenguaje como apuramiento, e en griegol dizen melitria. E este es en cosas máspreciado que el calcadiz, e el otro en cosas más que él, e así se camian muchas vegadas d'una manera en otra, pero esta que es de color blanca es más ligera de solver que los otros porque es de más sutil sustancia.

ALFONSO X, *Lapidario*

547

amigos

1

Un asesino de niñas

Recibí la llamada mientras estaba preparando las maletas para irme de viaje. El destino era lo de menos. Desde hace tiempo ya sé que en todas partes me estoy esperando yo, así que tampoco tiene sentido torturarse demasiado pensando a dónde ir. Si acaso procuro buscar algún sitio donde haya aire, horizontes abiertos. Con un paseo largo, a poder ser, para no chocarme más de la cuenta conmigo mismo. Ayuda que tenga mar. Añoro el mar en Madrid.

Iba a contar que yo fui un niño con un mar delante de los ojos todo el tiempo, y que eso me acostumbró a mirarlo y a echarlo de menos después. Iba a contar que ese mar era gris o marrón, según el día, y que lo llamaban Río. De la Plata, para más señas. Pero a quién le importa todo eso. Quizá ni a mí, que desde que me alejaron de allí, con siete años, no he hecho el esfuerzo de volver y he aprendido a conformarme con otros mares, otros colores, otras gentes. Con este oficio de levantar y buscarles una explicación a los muertos.

Esto es lo que importa: el muerto o, mejor dicho, la muerta, que esta vez era una de esas que le emploman a uno el día. Una de esas que no debería encontrarme, pero que a veces me encuentro. Fue Chamorro, mi leal sargento, quien me interrumpió mientras dudaba qué camisas doblar y echar a la maleta y contaba camisetas, calcetines y calzoncillos. También fue ella quien me puso al corriente de los primeros y tristes detalles (siempre lo son) del trabajo:

—Víctima de sexo femenino, catorce años, estrangulada. Los padres habían denunciado la desaparición ayer mismo. Lugar, zona de descanso de la AP-6, pasado El Espinar, Segovia.

—¿Pasas tú a buscarme? —le pregunté.

—Claro, para eso eres el jefe.

—Vale, así me da tiempo a deshacer la maleta, que la tenía ya medio hecha. Llama al chico y recógelo a él antes.

—Lo siento. Lo de la maleta.

—Yo no. Todavía no había empezado a doblar camisas. Eso que me ahorro. No me apetecía nada, la verdad.

—El teniente coronel, en todo caso, me dice que te traslade sus excusas por esta demora en el inicio de tus vacaciones. Que cuentes con disfrutar luego los días que pierdas ahora.

—Muy amable, el teniente coronel. ¿Se oían chapoteos de fondo mientras te decía todas esas cosas?

—No, me lo dijo en persona. Sigue aquí, en la unidad.

—Ah, intrigando. Qué se traerá entre manos.

—Y a ti qué más te da. En media hora te recojo.

Es lo malo que tiene Chamorro, la exactitud. Veintinueve minutos después, sonaba el timbre. Con la lentitud mental y física que imponía el calor insufrible del julio madrileño, apenas había acabado de guardar las cosas y estaba todavía dudando qué americana y qué pistola coger. Era verano, hacía treinta y un grados (y subiendo) y se trataba de un asesino de niñas, el más cobarde de cuantos existen. En resumen: me puse la americana de trapillo de Zara y escogí la pistola pequeña. Nunca hay que cargar con pesos inútiles.

Chamorro había pillado el Passat V6. Es lo bueno que tiene el verano, aunque mi ciudad se haya convertido por efecto del cambio climático en una sucursal del infierno. Todo lo que durante el resto del año está disputado, queda vacante. La pauta valía tanto para el coche estrella de la unidad como para el asfalto de la M-30, que esa mañana se veía felizmente despejado. Mientras avanzaba por los túneles a los setenta por hora reglamentarios, Chamorro nos fue poniendo en antecedentes a mí y al guardia Arnau. Este, muy tieso en el asiento del copiloto, como el primer día que lo había ocupado, la escuchaba con un gesto adusto que desde mi posición, derrengado en el asiento trasero, tan sólo podía adivinar. Pero lo adivinaba. Un año y medio después, todavía no había conseguido que se atreviera a tutearme. Desde algún lugar de la eternidad, el duque de Ahumada lo observaba complacido. Un benemérito digno del tricornio.

—La chica salió de casa ayer a las cinco —explicó Chamorro—. Según los padres, dijo haber quedado con unas amigas y ellas lo confirmaron. El cuerpo lo encontró a las seis de esta mañana un turista francés, a quien está costando un poco retener. Por lo visto esperaba estar subido en la tabla de

windsurf en Tarifa esta misma tarde. La cuestión, yendo a lo que nos ocupa, es que la mataron en esa ventana temporal de trece horas. Supongo que el forense nos permitirá acotar la hora un poco más cuando la examine.

—¿Cómo estaba la chica? —pregunté.

—¿A qué te refieres, en concreto?

—Ropa.

—Vestida, completamente. Con la que dijeron sus padres que llevaba cuando fueron a denunciar su desaparición. Tejanos claros, blusa fucsia, zapatillas deportivas Converse.

—¿Marcas de violencia?

—Sólo en el cuello.

—¿Algo bajo las uñas?

—No me ha dado tiempo a preguntar tanto. Pero es muy probable que lo puedas comprobar tú mismo dentro de un rato. Les he pedido a los segovianos que no la muevan hasta que lleguemos.

—Espero que su señoría se avenga a esperarnos.

—No había llegado aún cuando los llamé.

—Claro, es pronto. ¿De dónde es la chica?

—Bueno, eso resulta curioso, hasta cierto punto. Hispano-belga. Nerissa Van den Broek Zurita. Residente en Pozuelo de Alarcón.

—Ah, padres con pasta *habemus*.

—Eso parece. Por sus profesiones.

—¿A saber?

—La madre, ejecutiva de un banco. El padre, director general de la sucursal de otro en España.

El dato me sacudió un poco, no lo oculto.

—Vaya —observé—, eso no se ajusta mucho al perfil habitual de los padres de muchachas asesinadas y abandonadas en zonas de descanso de autopistas.

—¿Existe un perfil de eso? —preguntó Arnau.

—¿Lo preguntas en serio? —repuse.

—Eh... Supongo que no —dudó.

—¿A que ahora te provoca más? —intervino Chamorro.

—Tenía sólo catorce años —dije—. Me da igual que fuera rica. Iba a ponerme de su lado igual. Que se prepare el que lo hizo.

2

Tejido epitelial

Todavía no se habían llevado el cuerpo. El juez ya estaba allí. Era un tipo cordial, que apenas parecía juez. Vestía de manera bastante informal, con unos vaqueros y un polo de color celeste, algo dado de sí. Tenía su señoría un ligero sobrepeso, cabello ensortijado y sonrisa fácil. Incluso se le escapaba una y otra vez en medio de aquel trance, lo que no parecía sin embargo irrespetuoso hacia la víctima. Era una sonrisa comedida, social, con la que acompañó el apretón de manos que me dio para recibirme, después de que me lo presentara el capitán que estaba al frente de la unidad territorial de policía judicial de Segovia. Su señoría se tomó incluso la molestia de indicarme dónde se encontraba el cuerpo. Y me hizo notar su deferencia:

—Me han dicho sus compañeros que deseaban verla tal cual. Así que no la hemos movido. Miren lo que necesiten y, por favor, en cuanto pueda ordenar que se la lleven, me avisan. Los padres están ahí mismo, y nos está costando un poco impedirles que se acerquen. Háganse cargo de lo que es para ellos tenerla así.

Miré hacia donde estaban los padres. Más allá de la zona acordonada, a unos treinta metros de distancia. No los pude distinguir bien. Apenas la complexión y el color de pelo. Muy alto y castaño claro él. Bastante más bajita y morena ella.

—Nos hacemos cargo, señoría —dije—. Serán sólo unos minutos. Se lo prometo. Virginia, Juan, venid conmigo.

Chamorro y Arnau me siguieron. La chica estaba a unos cinco metros de la zona asfaltada, sobre un terreno de bastante consistencia. Ni había huellas de calzado ni las íbamos a dejar nosotros. Me encargué de descubrir el

cadáver. Arnau sujetó el cobertor mientras la sargento y yo examinábamos el cuerpo. No tenía más desperfectos visibles que las magulladuras del cuello. Un fino cuello, dicho sea de paso, que habría cautivado a más de uno si a su propietaria le hubieran permitido crecer. Nerissa Van den Broek era morena como su madre y algo más alta, aunque no tanto como su padre. Le habían cerrado los ojos, por lo que no pude ver de qué tono los tenía. Su ropa era bonita y cara, de marca, y no se veía sucia, salvo por la parte que estaba en contacto con el terreno. Diríase que la habían depositado con cuidado en el suelo. Estaba caída sobre un costado, con una mejilla apoyada en tierra, las piernas ligeramente dobladas y las manos ante sí. Me puse unos guantes de látex, precaución esta que ya habían tomado Chamorro y Arnau. Le levanté una mano, la derecha, ateniéndome a la probabilidad estadística. Salvo que perteneciera a la minoría de zurdos, en esos dedos tendría más fuerza. Bajo sus uñas había, notoriamente, tejido epitelial.

—Bingo —dijo Chamorro.

—Un aficionado —juzgué—. En cuanto haya sospechosos, a mirarles los antebrazos. Y a desconfiar si procuran no enseñarlos. Es una suerte que nos los veamos con un idiota. A lo mejor la autopsia nos proporciona todavía más material. Ya sabes dónde.

—Sí, ya sé —asintió la sargento.

—Idiota del todo no es —observó Arnau—. Se deshizo de ella en un sitio donde podía estar bien seguro de que no dejaría huellas de neumáticos. Y como lo debió de hacer de madrugada, apenas se arriesgó a que otro conductor parase y lo sorprendiera.

Mientras examinaba las suelas de las zapatillas de Nerissa (completamente limpias, por cierto) sacudí la cabeza:

—No, mi querido Army, te equivocas, el tipo al que buscamos no sólo es tonto del culo, sino que se puso nervioso y la tiró donde primero se le ocurrió. Sólo un imbécil abandonaría un cadáver en una autopista de peaje. Tenemos todas las bazas para cazarlo sin despeinarnos. No hay más que pedir las cintas de las cámaras del peaje de entrada y del de salida. Y ver qué coche tarda un poco más que los otros en recorrer el tramo en cuestión. Así que ya tienes tu primera tarea. Ya estás buscando entre esa gente de ahí a quien represente al concesionario de la autopista. Y que nos vayan sacando copia de la peli de la noche pasada, para que puedas verla cuanto antes.

Arnau enrojeció levemente.

—Confieso que no lo había pensado.

—No te preocupes, hace mucho calor, has dormido mal, eres aún joven. Se te puede disculpar que no se te ocurriera.

—Tampoco te dejes acogotar por el jefe —lo apoyó Chamorro—. Si el tipo le metió zapatilla al coche y fue rápido con la operación, la genial idea del brigada no nos servirá para nada. Tendremos que buscarlo igual entre los cientos de coches que hayan pasado esta noche por delante de esas cámaras. Y me temo que va a ser así. No se alejó mucho para deshacerse del cuerpo, y yo diría que ya estaba muerta cuando pasó por el primer peaje.

Clavé en mi compañera una mirada suspicaz.

—¿Y de qué deduces eso?

Chamorro señaló entonces el pantalón de la víctima, a la altura de las posaderas. Sobre el tejido claro, había algo que me había pasado inadvertido hasta ese momento. Mi sargento explicó:

—Una mancha de grasa. Y por la forma, longitudinal, es como si se la hubiera hecho al restregarse contra algo. Por ejemplo, con el cierre engrasado de un maletero al sacarla de él.

—Bien visto, Virgi —aprobé, a mi pesar—. Y además tu perspicacia nos suministra otro dato. Esta chica no pesa arriba de cuarenta y ocho kilos. El tipo al que buscamos es un flojo.

—O el maletero tiene boca estrecha —apuntó Arnau.

—También —admití.

Le pedí a Arnau con una seña que volviera a cubrirla.

—Busca al de la autopista, Juan, y pídele las cintas —insistí—. Y tú, mi sargento, diles a los de Criminalística que no dejen de sacarle a la chica muestras de debajo de las uñas y que peinen todo lo que tengan que peinar antes de que se la lleven. Yo me voy a hablar con los padres. En cuanto puedas, te me unes.

3

Una imagen inexacta

Mientras los nuestros de Criminalística hacían el rastreo detenido del terreno, los de la funeraria cargaban el cuerpo en el furgón y el juez y el secretario terminaban de formalizar el acta, me cupo el penoso deber de acercarme a hablar con los padres de Nerissa Van den Broek. Su estatus social y económico, con la instrucción que llevaba implícita, les vedaba las expansiones sentimentales propias de la gente de baja extracción, pero eso no quiere decir que no estuvieran alterados. Apenas me planté delante de ellos, la madre me tomó del brazo y me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿A dónde se la llevan?

Me había puesto el chaleco verde con las letras de molde que me identificaban como miembro del Cuerpo, así que deduje que me estaba preguntando por mi unidad y graduación.

—Brigada Bevilacqua, de la unidad central. Estoy a cargo de la investigación. La llevan al Instituto Anatómico Forense, ahora les indicamos cómo ir. Se la entregaremos tan pronto sea posible, pero aún va a tardar un poco. Entre tanto, necesitaría hablar con ustedes. ¿Serían tan amables de concederme unos minutos?

—Desde luego —tomó la palabra el padre—. Carmen, cálmate, por favor. De momento tenemos que dejar a estos señores que hagan su trabajo. Y ayudarles en lo que podamos.

Su mujer lo escrutó como si no terminase de comprender. Yo, en cambio, lo miré con simpatía. Si el mundo estuviera habitado por una mayoría de gente comprensiva como él, mi vida sería mucho más grata. Pero Carmen necesitaba desahogarse:

—¿Te parece normal? —se dirigió al marido, alzando la voz—. Que llevemos aquí hora y media y no nos hayan dejado ni verla.

—Lo importante, ahora mismo, no somos ni tú ni yo, sino que no se estropeen las pruebas —dijo él, sereno.

Si hubiera entrado en mis competencias, le habría propuesto para la medalla al mérito civil. Pero mi función era otra:

—Tiene usted razón, señora. Sé lo que siente, y le pido disculpas por tener que anteponer nuestro trabajo a su dolor. De veras que me gustaría que pudiéramos hacerlo de otro modo.

La mujer se amansó de pronto. Era del tipo colérico. Mucho más vulnerable, por tanto, a la humildad que al desafío.

—Está bien —dijo—. ¿Podríamos al menos sentarnos?

—Allí hay un banco —le indiqué.

Hice todas las preguntas de rutina. A través de ellas saqué una primera descripción de quién era Nerissa. Según sus padres, claro está, lo que no dejaba de ser su identidad captada desde un punto de vista muy particular y, dada la edad de la víctima, cada vez más susceptible de ofrecer una imagen inexacta. Buena estudiante, con bastante carácter (aquí no pude evitar pensar en la madre) pero en general disciplinada y obediente, más allá de los conflictos típicos de la edad. Nunca se había ido de casa sin permiso ni por más tiempo del autorizado y nunca la habían sorprendido haciendo en sus salidas algo distinto de lo que les hubiera dicho que iba a hacer. De hecho, apenas llevaba un par de años saliendo sola, y por lo que a ellos les constaba, siempre iba con sus amigas y al centro comercial cercano, para tomarse una Coca-Cola o ver una película. Drogas, alcohol o similares, no tenían constancia de que probara. Novios, tampoco le conocían. Aficiones, las normales de la edad. Le gustaba mucho la música. Cantantes preferidos: antes, Beyoncé, y Miley Cyrus; en el último año se había pasado a Lady Gaga y Black Eyed Peas.

La madre me proporcionó todas estas informaciones con un gesto de cierta desconfianza, como si yo fuera más un chismoso frívolo que un poli serio. Me vi obligado a defender mi profesionalidad, no por mi orgullo, sino para tranquilizarla:

—Nunca se sabe cuál es el detalle que nos permitirá armar una hipótesis válida. Lo más probable es que algo de su vida haya traído a su hija hasta aquí, aunque les cueste creerlo. Por eso necesito saber todo lo que puedan decirme. ¿En qué otras actividades, aparte del colegio, empleaba su tiempo?

Aquí tomó el relevo el padre:

—Recibía clases de violín, desde los cinco años. Era bastante buena, aunque no tanto como para aspirar a hacerse profesional. Y jugaba al *hockey* sobre patines. Tampoco se le daba mal, aunque últimamente estaba pensando en dejarlo.

—¿Y eso?

—Decía que era una pesadez lo de las competiciones, tener que madrugar los sábados. Para mí que no tenía el temperamento que necesita una deportista, aunque no le faltaban condiciones.

—¿Podía tener algún conflicto con alguien del equipo?

—No, que ella nos dijera —dijo la madre—. Era un rollo, y doy fe porque me tocaba llevarla. Además, casi nunca ganaban.

—¿Alguna afición más?

En ese momento se nos unió Chamorro. Venía sacándose los guantes y estirando los dedos para airearlos. Con el calor, el contacto del látex resultaba desagradable. Al llegar a nuestra altura, se la presenté a los padres de Nerissa:

—La sargento Chamorro. Mi compañera.

—Mucho gusto —dijo la madre de Nerissa, examinándola con la misma mirada que, deduje, debía de aplicar en las entrevistas de trabajo a las candidatas femeninas, antes de preguntarles a bocajarro cuándo pensaban embarazarse.

—Hagan memoria —insistí—, ¿no se les ocurre alguna otra cosa en la que se entretuviera especialmente, o algo que en los últimos tiempos la tuviera más absorta que de costumbre?

—Por ejemplo, ¿recuerdan si se pasaba mucho tiempo frente al ordenador? —preguntó Chamorro.

—Sí, bastante —admitió la madre—. Demasiado, incluso.

Crucé una mirada con mi compañera.

—¿Controlaban ustedes sus cuentas y sus claves de correo electrónico o de redes sociales? —indagó la sargento.

—Pues no, la verdad.

—¿Y tendrían el teléfono de alguna de sus amigas?

4

Algún otro plan

Antes de irse, el juez se acercó a mí. Seguía exhibiendo aquella sonrisa suya, tan poco judicial. Quería sondearme:

—Imagino que es demasiado pronto para que puedan tener una teoría sobre la autoría del crimen.

—Teorías podemos tener ya, señorita, y no una sino varias, pero que vayan a servirnos, no me atrevo todavía a afirmarlo. Puede haberla raptado un desconocido, haber hecho con ella lo que sea, eso hasta después de la autopsia no lo vamos a poder determinar, y luego haberla matado y haberla tirado aquí. Pero, sinceramente, no me cuadra mucho. Creo que en ese caso el cuerpo y las ropas presentarían más signos de violencia. Me cuadra más que se trate de alguien que se ganara su confianza y a quien luego la situación, por lo que fuera, se le escapara de las manos. En todo caso, parece un crimen bastante improvisado. Este no es un buen lugar para deshacerse de un cadáver. Está demasiado cerca de la civilización.

—Muy bien —dijo—. ¿Necesitan algo más de mí?

—Hemos pedido las cintas de las cámaras de seguridad del peaje. Una cosa es segura, el coche en el que viajaba el asesino pasó por allí. Y la sargento está hablando con una amiga de la víctima para tratar de sacarle las cuentas de correo electrónico y de redes sociales que utilizaba. Si me acepta una sugerencia, en cuanto las tengamos sería prudente oficiar a las empresas proveedoras para que las bloqueen y sobre todo para que impidan que se acceda al material que la chica tuviera colgado ahí. Salvo que quiera que empiece a correr por la red como la pólvora. A fin de cuentas, es una menor.

El juez asintió, circunspecto.

—Tiene usted razón, hagamos por lo menos el intento de proteger su intimidad, si es que sigue existiendo eso. Arréglenlo con el secretario en cuanto tengan toda la información.

—A sus órdenes, señoría. Lo tendremos al corriente.

—Ah, y a la prensa, cero. Que el morbo se lo busquen por su cuenta. Para que se haga una idea, yo no sigo las noticias sobre los casos que instruyo. Me dan completamente igual.

—Ya somos dos.

—Mejor. Buena suerte.

Tras despedirse del resto del personal, el juez subió a su coche. Chamorro venía hacia mí con el teléfono móvil en una mano y su libretita en la otra. Había aprovechado el tiempo.

—Traigo información fresca. He hablado con una tal Paula González-Armenteros, la amiga más cercana de Nerissa, con la que supuestamente iba a salir ayer. Me ha confesado que la cubrió, es decir, que no estuvo con ella hasta las 21.30, como les dijo anoche a sus padres cuando la llamaron, preocupados por su tardanza. Nerissa tenía algún otro plan, que me jura y perjura que no le contó. Yo iría a apretarla, para cerciorarnos de que no nos está ocultando algo, pero así de entrada me la creo. Me ha dado las cuentas de Facebook, Tuenti, Hotmail, Gmail, Skype y Yahoo que utilizaba Nerissa.

—¿De todo eso, a la vez?

—Y no me asegura que sean todas las que mantenía abiertas, sólo son las que ella tiene fichadas.

—Estamos criando unos adolescentes con exceso de tiempo libre. Sólo para tener al día todo eso hacen falta horas.

—Bueno, he procurado desbrozar un poco el terreno. Por lo visto, lo que realmente atendía era el Tuenti. Por ahí era por donde más se comunicaba con ella y donde se la encontraba siempre conectada. Así que yo iría a saco por esa línea.

—Ya se lo he comentado al juez. Llámalos en seguida. Recomiéndales que lo bloqueen todo. Si es que no quieren encontrarse con la intimidad de otra menor retransmitida y pregonada a los cuatro vientos por ser víctima de un hecho delictivo. Y por haber tenido la inconsciencia de colgarla en sus servidores.

Chamorro meneó la cabeza.

—No lo quieren. Están escaldados. Colaborarán.

Me acerqué al lugar donde había aparecido el cuerpo. Por allí seguían

los de Criminalística, rastreando en busca de los más mínimos vestigios. Consulté con el jefe del equipo.

—Poca cosa —me informó—. Aparte de alguna basura que vamos a recoger más por si acaso que porque sirva. Si me permites aventurar una suposición, paró, la tiró y se fue.

—No estamos tan mal —opiné—: tenemos ADN, tendremos una matrícula, aunque haya que entresacarla entre cientos, y a lo mejor nos cae algo más de propina. Con muchos menos mimbres hemos hecho cestos bastante apañados.

—Pues te tocará echar mano de esas habilidades. Aquí poco más vamos a rascar. Hemos recogido huellas dactilares que también archivamos por si acaso. Es un lugar público. Estamos en verano. A saber cuánta gente pasó por aquí ayer.

Arnau se acercó, con semblante grave.

—¿Qué pasa, Arnau, se ha muerto alguien?

—Mi brigada, a veces no sé cómo...

—Vamos, hombre, no te empeñes en estar siempre tan tenso, que así no se investiga mejor. ¿Cuándo tendremos las cintas?

—Ahora mismo, si pasamos a buscarlas.

—Bueno, ¿ves como no vamos tan mal? Ve y dile a la sargento que nos largamos. Pasamos a recoger las cintas y nos volvemos a Madrid. Que tenemos tarea.

Me concedí un par de minutos para pasear por aquel lugar, a solas con mis pensamientos. Verdaderamente, el tipo que se había deshecho allí de Nerissa Van den Broek era un canalla con todas las letras. Y además no debía de haber leído a Bécquer. Porque había que carecer de entrañas para dejar a una chica, con esa soledad tan atroz de la muerte que cantaba el poeta, en medio de aquella nada, en aquel no-lugar tan desolado y anodino. Tirada en un simple apartadero, como quien arroja una lata de refresco vacía, una monda de fruta o un pañuelo de papel usado. Aquel individuo me estaba cayendo cada vez peor. Tenía ganas de cogerlo del pescuezo y de ponerlo frente a su repugnante acto de cobardía. Antes que tirar así a una chica, un hombre que de verdad lo sea, un hombre que no sea una escoria humana, debe dejarse encarcelar. Como poco.

5

Protocolos de protección

Los administradores de la red social por cuyo conducto Nerissa mantenía el grueso de su contacto con el mundo exterior se mostraron, tal y como previera Chamorro, extraordinariamente colaboradores. No sólo consintieron en bloquear de inmediato el acceso a sus datos, para evitar cualquier posible fuga, sino que en cuanto tuvimos la orden judicial nos facilitaron sin pérdida de tiempo la consulta de toda la información. Se los veía muy preocupados por impedir que, tal y como había sucedido en algunos otros casos anteriores, se filtrara todo el material personal de una víctima menor de edad. En especial, las fotos y los vídeos que sus jóvenes clientes colgaban con profusión en sus espacios.

Tanto les preocupaba que nos pidieron que el acceso a la información de Nerissa lo verificáramos en sus propios ordenadores y en sus oficinas. A mí igual me daba en un sitio o en otro, así que dejamos a Arnau en la unidad, para que se viera las cintas de las videocámaras del peaje, y nos dirigimos a las oficinas de la empresa. Allí nos recibió una joven abogada, que hizo mucho hincapié en los protocolos de protección de datos que tenían implantados y en los recursos que invertían para prevenir usos inapropiados del servicio que prestaban. O en cómo cribaban su base de clientes de usuarios menores de catorce años, que era la edad mínima que según sus normas, y a fin de proteger a los niños, se exigía para poder darse de alta en su red. Para completar su alegato pro empresa nos recalcó que formaba parte esencial de su política la cooperación con la justicia cuando la información que almacenaban en sus ordenadores pudiera ser relevante para esclarecer un hecho delictivo. Siempre con la oportuna orden judicial que les permitiera facilitarla sin vulnerar el

derecho a la intimidad de sus clientes, naturalmente. Como nosotros la teníamos, se ponían a nuestra entera disposición.

Mi compañera no mostró gesto alguno de aprobación o desaprobación ante el discurso de la abogada. A mí, la verdad, me pareció bien, y no me privé de exteriorizarlo. Me parece mucho mejor que las empresas estén preocupadas por los derechos de sus clientes y abiertas a colaborar con la justicia. Tiendo a no creer que todo eso les vaya nunca a importar tanto como ganar la pasta que hacen a costa de sus clientes (en este caso, a costa de la información que sobre ellos mismos les suministraban día a día quienes se conectaban a sus servidores, y con la que después diseñaba la empresa las eficaces acciones de marketing que le permitían poner buen precio a sus espacios publicitarios). Pero acepto que vivo en una economía capitalista, y recibo con gratitud cualquier ayuda que alguien me preste sin sacar provecho a cambio. Y lo cierto era que por dejarnos fisgar en sus ordenadores aquella gente no iba a ganar ni un euro.

Por eso, tampoco me permití compartir con aquella amable y solícita abogada mis reparos éticos ante el hecho de que hicieran negocio con la inmadurez de chavales que no tenían ni siquiera capacidad legal para celebrar el contrato que suscribían con ellos a golpe de clic. Como vimos en seguida, al examinar la cuenta de Nerissa, los adolescentes eran muy generosos a la hora de exponerse en aquel espacio de dudosa privacidad, en el que más bien todo, desde el diseño gráfico hasta el sistema de cómputo de amigos, acicate de competencias y vanidades, invitaba al exhibicionismo más desenfrenado. Por mucho que me insistieran, no podía creer, sin ir más lejos, que Nerissa tuviera, de verdad, los 547 amigos que se acumulaban en su perfil. Era evidente que la chica, en el afán de ser más que nadie, había rebajado los requisitos de la amistad hasta el punto de admitir a cualquiera con el que se tropezara en la red, por la que, a juzgar por la cifra, debía de navegar con asiduidad. Otra posibilidad era que ascendiera automáticamente al rango de amigo a cualquier amigo de amigo. O a cualquier amigo de amigo de amigo.

Examinar los perfiles de todos era un empeño titánico. Nos contentamos con hacer una especie de muestreo. Vimos que había de todo, aunque eran mayoría los varones, comprendidos entre los quince y los veinte años. Pero también los había mayores. Después de hacer un breve recorrido, Chamorro opinó:

—Esto no va a ser rápido.

—Me temo que no. Hay que discriminar. Buscar a los que le pusieran

más comentarios y mensajes. Y tendremos que acceder también a las cuentas de correo electrónico, para cruzar los datos y ver si en alguna de ellas hay algo que nos cante.

Mi compañera me observó con gesto dubitativo:

—Después de todo, no es imposible que se la llevara alguien con quien se tropezara por puro azar.

—Ni probable, Vir. Piensa que le pidió cobertura a la amiga, así que algo raro se traía entre manos, algo que tenía que ocultar a sus padres y que, si esa chica te ha sido sincera, ni siquiera le podía contar a su mejor confidente. Todo eso, por sí solo, podría no significar nada, pero combinado con su cadáver, forma un rompecabezas del que no creo que nos sobre ni una pieza. Y no es seguro, pero si esta chica era como tantas de su generación, en esta *melée* de amigos está, con un noventa y nueve por ciento de probabilidades, el que nos interesa a nosotros. Así que vamos a tener que recopilar toda esta información y tratar de desbrozarla con inteligencia.

—¿Estaremos a la altura del desafío? —bromeó mi sargento—. A ver, vamos a echar un vistazo a los álbumes de fotos.

Chamorro pinchó en la pestaña correspondiente. Lo que apareció no me dio ninguna buena sensación. El rompecabezas continuaba sumando piezas. Y seguía sin sobrnos ninguna.

6

Enlace apagado

Mientras mirábamos las fotos que Nerissa tenía colgadas en su perfil, caí en la cuenta de que apenas le faltaban dos meses para cumplir quince años. O lo que es lo mismo, que en su cuerpo y en su mente peleaban la niña y la mujer que al mismo tiempo era, aunque ya empezaba a imponerse la segunda, en quien todavía mandaban más las hormonas que las lecciones de una experiencia que, o bien no había tenido, o bien, por demasiado reciente, no le había dado tiempo a asimilar. Era seguramente esa mezcla, la niña no del todo superada y la mujer demasiado impulsiva, lo que explicaba que se pusiera a la vista de sus 547 amigos virtuales en aquellas posturas y con aquellos gestos. Al verla, le comenté a Chamorro:

—Es inútil que bloqueen la cuenta. Muchas de estas fotos ya se las ha copiado en el disco duro más de uno. Y sobre todo las que menos interesa que salgan. Espérate que no estén circulando ya por alguna de esas páginas para desahogo de solitarios.

—Seguro —calculó mi sargento, sombría.

Algunas de las fotos tenían comentarios. No exactamente los que una persona sensata y prudente haría frente al desliz de una adolescente confundida, si es que cabía hacer otra cosa que callar o sugerirle que le diera un descanso a la cámara. Pasamos de prisa por los de contenido más elemental. Si había sido capaz de engatusar a aquella chica, que tocaba el violín, que escribía sin apenas faltas de ortografía y que leía libros (a juzgar por los títulos que mencionaba en el apartado donde recogía sus aficiones), el tipo debía de tener alguna sofisticación, por pequeña que fuera. Había tenido que construir un cuento mínimamente consistente para atraerla. No podía ser uno

de aquellos patanes cuyos comentarios no revelaban más que su fisiología de primates. Revisamos sus mensajes durante un par de horas y logramos reunir media docena de candidatos.

Mientras examinaba todos aquellos intercambios, banales, reiterativos y en su mayoría prescindibles, sentí una especie de escalofrío. Gracias a la emanación virtual de su personalidad, la presencia de Nerissa seguía en cierto modo viva. Con sus destellos de talento (era bastante aguda en sus comentarios musicales, por ejemplo, y no le faltaba gracia cuando hacía alguna observación sobre la actualidad) y con sus flaquezas y su mediocridad en tantos otros momentos y detalles. Se me antojaba impropio, incluso de mal gusto, que sus chismes siguieran ahí cuando ella ya no era más que un cuerpo en descomposición sobre una mesa de autopsias. Recogidos, además, por un tercero que no los había guardado por su valor personal, sino por el negocio que representaba el flujo de información entre esos 547 nodos respecto de los que la difunta Nerissa había actuado como hiperactivo enlace. Un enlace ahora apagado, y cuya extinción suponía la brusca inutilización de ese fragmento de la red.

Con nuestra media docena de sospechosos seleccionados, regresamos a la unidad. Antes de abandonar las oficinas, le recordé a la abogada el deber que tenían de custodiar todo el material de la chica y de cuidar de que no accediera a él nadie más que nosotros. Le pedí también que nos hiciera una copia de todo, para poder unirlo a nuestro expediente. Trató de resistirse con tecnicismos jurídicos e informáticos, pero le constaba que mi petición estaba respaldada por la autoridad judicial y al final dio su brazo a torcer.

La jornada fue larga e intensa. Mientras Arnau se ocupaba de rastrear las cuentas de correo electrónico de Nerissa y de identificar a los usuarios de los seis perfiles sospechosos que habíamos seleccionado, Chamorro y yo nos dedicamos a interrogar a las personas de su entorno. Hablamos con su amiga Paula, que se ratificó en lo que le había dicho por teléfono a mi sargento, y negó saber con quién había podido quedar esa tarde. Nos dijo que en los últimos meses se había vuelto más reservada, después de romper con un chaval con el que había tenido una relación de unas pocas semanas. Ni sus profesores ni el resto de sus amigas con las que contactamos nos dieron apenas información que nos resultara útil. Nerissa era buena estudiante y no había dejado de sacar buenas notas. Algo inferiores a las que por su capacidad podía obtener, según su tutora, pero nada que se saliera de lo normal en las chicas de su edad.

—Les llega la edad del pavo —explicó—, y como tienen tantas distracciones y a los padres muy poco encima, se relajan y no es raro que bajen su rendimiento. Luego se les pasa y se centran. Bueno, la mayoría. Otras se quedan ya descentradas. Pero no creo que ese fuera el caso de Nerissa. Era una chica muy madura.

Nuestros intentos de reconstruir sus últimos movimientos fueron infructuosos. Abrimos una línea telefónica para recibir la colaboración ciudadana y, como suele suceder, empezó a sonar en seguida. Como era también habitual, decían haberla visto en los lugares más inverosímiles, desde Denia hasta Lugo. Nos llevaría días sacar de ahí algo utilizable, si es que lo sacábamos.

Lo que tuvimos esa misma tarde fue la autopsia. No revelaba más violencia que la producida por el estrangulamiento. La chica había mantenido relaciones sexuales consentidas en las horas inmediatamente anteriores a su muerte, que se situó en torno a las diez de la noche. El individuo había usado preservativo, pero había dejado algunos restos. No iba a costar establecer su perfil genético, aunque para sacarlo, a fin de poder cruzarlo luego con la base de datos, el laboratorio necesitaba su tiempo.

Íbamos ya de regreso hacia la unidad cuando sonó mi móvil. Era Arnau. Parecía tranquilo, pero en realidad no lo estaba.

—Mi brigada —dijo—, no se lo va a creer. Lo tenemos.

7

Bad Romance

No fue un golpe de suerte. Habíamos hecho nuestro trabajo, de coco y de campo. Además, coincidía que nuestro adversario, como habíamos supuesto desde el principio, no andaba nada ducho en el arte de borrar sus huellas. Sólo tuvimos que cruzar dos grupos de datos. Por un lado, las matrículas registradas por el peaje entre las diez de la noche y las seis de la madrugada. Por otro, las direcciones IP desde las que se conectaban con más frecuencia los interlocutores sospechosos de Nerissa. Resultó ser uno que se hacía llamar *Bad Romance*, como la canción de Lady Gaga. El titular de la dirección IP desde la que se conectaba principalmente era el mismo a cuyo nombre estaba el permiso de circulación de un Volkswagen Scirocco blanco que había cruzado por el peaje a las 2.35 de la mañana. Las casualidades existen, pero, cuando son tan extremas, se convierten en certezas. Nuestro buen Arnau, pese a su bisoñez y su poca propensión a expresarse de forma categórica ante su cáustico brigada, había podido hacer sin titubeos su afirmación. Lo teníamos.

Lógicamente, no lo detuvimos en seguida. Esperamos a tener su ADN y a recopilar todas las comunicaciones que había mantenido con la chica. Entre tanto, le pinchamos el teléfono, lo sometimos a vigilancia y terminamos de informarnos sobre todas las circunstancias de su vida que podía convenirnos saber para derrumbarlo cuando decidiéramos echarle el guante.

No tenía antecedentes y el ADN que se logró extraer de sus restos biológicos no se correspondía con el de ninguno de los agresores sexuales con que contábamos en nuestra base de datos. Pudimos averiguar que se había inscrito dos meses atrás en el club deportivo al que acudía Nerissa. Supuestamente para utilizar el gimnasio y la piscina, pero le quedaba

demasiado lejos de casa para que ese fuera el verdadero motivo. Dedujimos que era una manera de acercarse a ella, de espiarla, o incluso, quién sabe, una tentativa de entrar en su vida. Sus comunicaciones nos permitían establecer sin ningún género de dudas que habían contactado en la red, algunas semanas antes de que el sujeto se apuntara al club. Por lo que se desprendía de sus conversaciones y de sus correos electrónicos, habían coincidido en un foro de música. También de sus mensajes se deducía que en ese primer contacto el tipo se había presentado como un muchacho de diecinueve años. Doce menos de los que contaba en realidad. En los últimos mensajes cruzados con la chica quedaba probado que antes de encontrarse él deshizo esa mentira. Y que a ella no le pareció mal la verdad. Incluso al contrario.

Esta información, como algunas otras de las que manejábamos, era de las que habría que cuidar que no se filtraran cuando lo detuviéramos. Se trataba justo de la clase de carnaza que alguien estaba esperando ahí fuera; de los pormenores que no hacía ninguna falta que los padres de Nerissa leyeran en los periódicos.

Cuando lo tuvimos todo bien atado, fuimos a por él. Confieso que hice algo que no habría debido hacer y que ahora que lo recuerdo no me enorgullece. Organicé su detención a la puerta de su oficina, en una torre de la Castellana, delante de sus compañeros de trabajo, con los que salía a comer en ese preciso momento. Por supuesto que podría haber escogido otro lugar que resultara menos humillante para él. Pero él no se había preocupado de escoger para abandonar a aquella chica un sitio que resultara algo menos degradante para ella. Francamente: me pareció justa aquella simetría.

Al principio del interrogatorio optó por mentir, creyendo que eso podría salvarlo. Pero, cuando comprobó que las tres preguntas que le habíamos hecho eran otras tantas trampas, porque ya nos constaba de sobra lo que le estábamos preguntando y teníamos pruebas para desmontar sin esfuerzo sus embustes, se vino abajo.

Suele ocurrir con algunos asesinos: los que matan por miedo, que son más abundantes de lo que se cree, y que con bastante frecuencia coinciden con los delincuentes sexuales. Es el temor a unas consecuencias que no pueden soportar lo que les lleva a quitar la vida a sus víctimas, y cuando la táctica de ocultación de sus actos fracasa, y se ven expuestos a la luz (y con ella a las consecuencias que querían evitar), se hunden. Por fortuna, el asesino de Nerissa no llegó hasta el extremo de romper a llorar. Aunque no habría sido mi primera vez, le agradecí que me ahorrara ese trago.

Sin embargo, aquel tipo no se privó de intentar una indignidad, seguramente peor. Ya a la desesperada, ofreció una excusa:

—Ella fue la que quiso que nos viéramos. Ya sé que era muy joven, pero les aseguro que su mente no era la de una niña. Para nada. Y tengo que decirles que, por lo que pude comprobar, experiencia no le faltaba, precisamente. Fue luego cuando me dijo que podía denunciarme por abuso de menores y hundirme la vida. Fue aquella sonrisa diabólica con que me lo dijo. Ahí se me fue la cabeza.

Lo miré, dándole por unos segundos la esperanza de que aquella declaración miserable pudiera servirle de algo.

—Verá usted —dije al fin—. Puedo perfectamente creer eso que dice y puedo perfectamente no creerlo. A mis efectos, da igual, no va a alterar en absoluto lo que tengo que hacer con usted. Así que, como me lo puedo permitir, prefiero no creerlo. Que no me da la gana creerlo, vamos. Y le doy un consejo, si los acepta. No vuelva usted a jugar esa carta. Bastante tiene ya con lo que tiene.

Esa noche, conduciendo de vuelta a casa, puse la radio y entró Lady Gaga. *Bad Romance*. *Rollo Chungo*, al cambio, en traducción libre. Escuché la letra: «*I want you ugly, I want your disease*». «Te quiero feo, quiero tu enfermedad», cantaba la neoyorquina. Pensé que el sujeto había elegido bien el apodo. Le iba como un guante.

*Montevideo-Getafe-Berlín,
5-10 de agosto de 2010*

Antes de
los dieciséis

1

NOT your whore

Volví a fijarme en la camiseta. Cómo habría podido evitarlo. Cruzando de lado a lado el pecho de la propietaria, se leía este letrero imposible de soslayar: «*I may dress like a whore, but I'm NOT your whore*». Por un momento contemplé la posibilidad de que la portadora no supiera lo que quería decir; a fin de cuentas el dominio de la lengua inglesa no se cuenta entre las destrezas habituales de mis compatriotas. Finalmente, la deseché. A ese nivel, al menos la gente de su generación, sí que llegaba. Y es que Leire, mi dispersa interlocutora, aún no había cumplido los dieciséis. Que la camiseta no le cubriera el ombligo ni los hombros, ni sus *shorts* taparan el tanga fucsia que asomaba a la altura de sus caderas, abonaba la idea de que muy bien podía ser ese el mensaje que pretendía dar.

Que acudiera de esa guisa vestida a unas dependencias de la Guardia Civil, para declarar como testigo en un caso de homicidio, no negaré que resultaba algo desconcertante para el hombre del siglo pasado que irremediamente soy. Sin embargo, para el investigador criminal del siglo XXI que mejor o peor trato de ser, el hecho no resultaba ni siquiera demasiado novedoso. Ya hace tiempo que me consta que en el país al que sirvo se han perdido todas las referencias acerca de la gravedad o frivolidad de los asuntos. La culpa la tienen, supongo, un sistema de educación en caída libre, unos padres demasiado distraídos y unos líderes más ocupados en ocultar sus propias fechorías que en transmitir a los ciudadanos un ejemplo de congruencia. En cualquier caso, a mí no me corresponde juzgarlo ni cambiarlo, sino hacer mi trabajo con arreglo a la ley, que era lo que a la sazón intentaba, hasta donde la muchacha lo permitía.

—¿De verdad sois picoletos? —preguntó de pronto.

Mis compañeros adoptaron una expresión estoica.

—Guardias civiles —la corregí—. Lo otro es un apodo que nos ponen y que a algunos de mis colegas no les gusta nada. Te lo aviso por si un día te paran y no quieres aumentarte la multa.

—Bueno, eso, guardias —rectificó, sin darle importancia—. Yo creía que vosotros sólo estabais para vigilar la carretera y el campo, que de estas cosas se ocupaba la policía científica.

—Pues ya ves —intervino la sargento Chamorro—, también nos ocupamos de estas cosas. Me imagino, Leire, que entiendes lo que significa que te hayamos llamado como testigo.

La adolescente se puso seria de pronto.

—Sí, lo he visto en las pelis. Quiere decir que no sospecháis de mí, porque entonces me habríais puesto un abogado y todo eso. Y me alegro, porque yo no tengo nada que ver con lo que le pasó a la pobre Sandra, lo juro. Tampoco es que fuéramos las mejores amigas del mundo, pero yo no la quería mal. Joder.

De pronto, la mirada de Leire se empañó y un segundo después dos lagrimones resbalaron a toda velocidad por sus mejillas, cayeron y rompieron en su escote. Se secó de un rápido manotazo y empezó a dar vueltas nerviosas a su *smartphone*, que en ese instante vibró con un wasap. Ya había vibrado unas cuarenta veces, en los dos minutos que llevaba con nosotros. Como las anteriores, comprobó de reojo de quién se trataba. Otra víctima del trastorno colectivo de déficit de atención.

—Eso es —continuó Chamorro—, te hemos llamado para preguntarte sobre Sandra. Y nos interesa que nos cuentes dos cosas. La primera, si sabes de alguna historia rara en la que estuviera metida. Algo que pudiera provocar lo que le sucedió.

—¿Alguna historia rara?

—Resumiendo, Leire —preferí explicarle—, si se relacionaba, que tú supieras, con gente que pudiera hacerle algún daño.

La chica pareció detenerse entonces a pensar. Notoriamente no tenía mucha costumbre, y su entrecejo al arrugarse le daba un aire de tierna indefensión. Por un momento pensé que ese entrecejo fruncido resultaba mucho más seductor que su exigua indumentaria, pero recordé que ella era una cervatilla dando sus primeros pasos por el bosque y yo hollaba ya la senda de los elefantes. A veces el cerebro tiene estos resbalones. La respuesta de Leire

vino a hacer mi desliz mental aún más inapropiado:

—No sé, ¿a qué te refieres? ¿Si iba con tíos mayores, delincuentes, casados, o algo por el estilo?

Chamorro demostró ser la más fría de los tres:

—Por ejemplo.

—Pues mira, tía, ni puta idea, yo no tenía tanta confianza con ella como para que me contara algo así. La verdad.

—¿Y entre los compañeros de clase, recuerdas a alguien con quien chocara, o que estuviera por ella? —preguntó el guardia Arnau.

—Que estuvieran por ella... Creo que acabo antes si te digo los que me parece que podían no estar por ella.

—¿Ah, sí?

—Habéis visto fotos de Sandra, ¿no? Con esa cara y ese tipo, los traía de cabeza a todos. Con lo burros que están los tíos a esta edad —diagnosticó, experta—, no podía ser de otra manera.

Chamorro tanteó otra vía:

—¿Y alguna chica con la que se llevara mal?

Leire no necesitó esta vez pensar ni un segundo:

—Pandora Gómez Carbajo. Sandra y ella competían mucho y no se podían ver. Pero me cuesta imaginar que Pandora...

—¿Por qué?

—Es una pavisosa. Está buena, no digo que no, pero no tiene lo que hay que tener.

—¿Y qué hay que tener? —la sondeé.

—Ya sabes. Glamur. *Fashion*.

—Y Sandra sí tenía...

—Mazo.

—Hay otra razón por la que te hemos llamado, Leire —explicó Chamorro—. Es la otra pregunta que tenemos para ti.

—Tú dirás.

—Tu teléfono fue justo el último al que llamó Sandra, unos treinta minutos antes de la hora a la que creemos que murió.

Leire se puso pálida.

—Ostras —dijo—. Entonces sí que sospecháis de mí.

—No —insistí—. Estamos mirándolo todo. ¿De qué hablasteis?

—Joder, de nada, una tontería.

—Qué tontería.

—Mi novio es relaciones públicas, ella quería que le pillara unas entradas para el concierto del sábado. Y nada más, os lo juro.

Bien podía ser la verdad. Según la operadora, la llamada había durado exactamente dos minutos y cuarenta y tres segundos.

—¿Cuántas entradas? —preguntó Chamorro.

—Dos.

La dejamos ir, tanga al aire. En fin, era un comienzo.

2

Ola k ase

El comienzo, en realidad, había tenido lugar algo antes. Me refiero al comienzo para mí, que es lo único de lo que puedo dar fe. Sobre el comienzo de todo, esto es, lo que había llevado a Sandra Soutullo a perder la vida a los quince años y diez meses de iniciarla, tan sólo aspiraba a armar una hipótesis que se sostuviera ante un tribunal. De hecho, esa era mi obligación y la de mis compañeros, a los que mis galones de brigada me adjudicaban la responsabilidad de dirigir, lo que también implicaba que tendría que ser el que rindiera cuentas de nuestro eventual fracaso.

Hacía apenas veinticuatro horas que mi jefe había recibido la llamada que depositaba aquella pelota en el tejado de la unidad central a la que pertenecíamos. Unos breves datos de situación (chica muerta al precipitarse al vacío desde un mirador sobre un acantilado, arañazos en antebrazos y mordisco en el hombro obviamente no producidos por el impacto contra las rocas, periódicos locales volcados en la noticia con inicio de repercusión nacional) habían servido para orientarnos acerca de las razones por las que se nos asignaba el caso y de las presiones y dificultades con que nos tocaría trabajar. Honestamente, no era el plan con el que Arnau, Chamorro y el que esto cuenta preferíamos acudir en julio a la costa asturiana, pero era lo que había y más valía resignarse a ello. Habíamos viajado la tarde anterior, habíamos examinado con ayuda de los compañeros locales la escena del crimen, habíamos hablado con la forense y con la juez, con los desolados padres (que atestiguaban que su hija era una chica modélica, estupenda, y que no estaba metida en nada problemático), con los abrumados profesores del instituto (que vinieron a ratificar la versión paterna, aunque en términos algo

menos categóricos) y estábamos inmersos en la faena que el protocolo nos señalaba como prioritaria, ante la ausencia de otros indicios: indagar en el círculo de relaciones de la víctima, comenzando por aquellas con las que estaba registrado algún contacto en los momentos más próximos a la fecha y hora del deceso según el dictamen forense.

Las llamadas del teléfono móvil, que le habían encontrado encima, eran el primer hilo del que podíamos y debíamos tirar. Así habíamos llegado a Leire, con quien además de aquella llamada había intercambiado sus últimos wasaps, con el tipo de texto habitual en ese medio de comunicación. Tras el consabido *ola k ase*, habían seguido varios mensajes insuficientes para interpretar el contenido de la conversación que se traían entre manos. La revelación de Leire, sobre el interés de Sandra en acudir a aquel concierto, cuadraba con el flujo de medias frases que se habían cruzado ambas. Esa coherencia, unida a su actitud despreocupada y absurda ante el interrogatorio, que interpretamos como dudosamente compatible con la condición de asesina, nos movió a descartarla como sospechosa y permitirle regresar a sus cosas, cualesquiera que estas fueran.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arnau.

Como es costumbre entre quienes cargan con alguna responsabilidad, siempre que en su desempeño experimentan la necesidad de zafarse de una cuestión incómoda, le respondí sin responderle:

—Buena pregunta.

—Eres el jefe, te toca decidir —me recordó mi sargento.

—Son las once y media —dije—. Yo necesito otro café, para ayudarme a pensar. Mientras me lo tomo, podéis ir destripando lo que hacía Sandra en las redes sociales y toda esa mierda. Andad atentos a todo lo que tenga que ver con la chica esa...

—Pandora —apuntó Chamorro.

—Eso, Pandora. Nunca terminaré de manejarme bien con la onomástica actual. En mi época sólo podía ponerse cualquier nombre a un perro, los de personas eran los que eran.

—Todo empezó a torcerse cuando cambiaron la máquina de vapor por el motor de explosión —se mofó mi compañera.

—No te quepa duda.

Chamorro adoptó una expresión malévola.

—¿No quieres que te dejemos algo de material, para que lo filtres con tu superior perspicacia? Los tuits, o los mensajes de Line.

—No, Virgi, dádme lo todo masticado. Ya sabes que me da mucha pereza. Otra cosa que añoro, cada día más, son los tiempos en que una persona era poco más que sus llamadas telefónicas y sus papeles, si los tenía. Cuando no había que fisgar en sus trescientos canales de comunicación con el mundo para decir siempre lo mismo, casi nada de interés.

—Menos mal que el cambio ya te ha pillado con alguien a quien puedes pasarle el marrón. Te repaso lo que hemos deducido de los programas que tenía instalados en su tableta, en el ordenador de su casa y en su *smartphone*: estaba en Facebook, Tuenti, Badoo, Skype, Line, Yahoo, Gmail, Outlook, Whatsapp, Twitter, Instagram..

—Me duele la cabeza sólo de oírlo.

—Pues aún me quedan cinco más.

—Está bien, seamos realistas. Mirad aquellos a los que se conectó en las últimas cuarenta y ocho horas. Buscad a esa Pandora, sobre todo. Y cualquier otra cosa que os llame la atención.

—A tus órdenes. No sufras por nosotros.

—Al final, con un poco de criterio, no es tanto curro como parece —le quitó importancia Arnau, abriendo su portátil.

—¿Están cooperando los proveedores de internet?

—No tanto como con Barack Obama —se dolió la sargento.

—Es que a nosotros no nos han dado el Nobel de la Paz.

—Será eso.

—En todo caso, de aquí a mañana espero que los tengamos abiertos todos —calculó Arnau—. Se trata de una chica muerta, pasto de todos los telediarios y de toda la maquinaria de telebasura de aquí a que lo resolvamos, y aún más allá. Para ellos es prioridad uno, y el oficio que les ha mandado la juez sonaba bastante contundente.

—Si alguno se resiste me lo decís y me chivo a algún periodista amigo, para que lo ponga en la picota.

—Algo te pedirá a cambio —advirtió Chamorro.

—Ya sabré negociar para que se conforme con algo que pueda darle, y preferiblemente no ahora. Que os cunda. Yo me voy a tomar ese café y a tener una pequeña charla con el comandante de puesto.

—¿Objetivo de la gestión? —indagó Chamorro, mordaz.

Eché mano de la imperturbabilidad que dan los años.

—El de costumbre, mi sargento. Tratar de hacerme una idea de dónde hemos ido a caer esta vez. Ahondar en el paisanaje con el que nos jugamos los

cuartos. Para meter la pata lo menos posible.

3

Los hombres no arañan

El comandante de puesto era un sargento bastante joven, apenas treinta años, ni el más simpático ni el más huraño de los que me he encontrado en mis muchos trienios levantando muertos a lo largo y ancho de la piel de toro. Según me dijo, llevaba sólo un año en aquel pueblo, pero algo que me ha enseñado la experiencia es que quien pisa en el día a día el terreno tiene sobre los turistas de la pesquisa, como yo, la ventaja de contar con información previa sobre quién es quién, lo que sirve para abrir atajos que al forastero puede costarle días encontrar. Incluso a quien no había ocupado la plaza durante demasiado tiempo, como aquel sargento, la sabiduría corporativa le daba a este respecto cartas de las que yo carecía. Estaba seguro de que su predecesor, con arreglo a las buenas costumbres beneméritas, le había dejado antes de marcharse alguna indicación útil acerca del tejido humano sobre el que tenía que ejercer la autoridad.

—Este es un sitio muy tranquilo —me explicó—, salvo durante mes y medio al año, que coincide justo con esta época. Por lo común vamos sobrados, pero en estos días nos cae encima una población flotante que nos desborda un poco. La mayoría es gente de Madrid o del País Vasco, que tiene aquí una segunda residencia. Muchos son lugareños que emigraron en su día, o sus hijos, que vuelven a la casa familiar. Desde que empezó a arrear la crisis, la amortizan bien. Hay familias que se vienen durante todo el verano.

—¿Me quieres decir con eso que cabe la posibilidad de que lo que buscamos haya venido de fuera? —le pregunté.

—Sólo sugiero que no la descarte, mi brigada.

—Tutéame —le pedí—, y no te preocupes de los formulismos de la mili.

En este momento somos dos policías y tú eres el que sabe del tema. De la familia de la chica, ¿qué me puedes contar?

—Gente normal, tirando a pudiente. El padre es ingeniero de una térmica que hay a cuarenta kilómetros de aquí. La madre, profesora de primaria. Dos sueldos fijos de cuatro cifras al mes. En los tiempos que corren, y con los precios de aquí, unos potentados.

—Sobre la chica, ¿alguna cosa digna de mención?

—La primera noticia que tuvimos de su existencia fue cuando nos avisaron de que estaba hecha unos zorros al pie del acantilado. Hasta entonces, no nos había dado ningún quebradero de cabeza. Una chavala de tantas de su edad. Me imagino que con la empanada que es habitual con esos años, aunque según nos contaron los profesores llevaba razonablemente bien los estudios.

—Viste el cuerpo, las heridas. ¿Qué te sugirió?

—Arañazos profundos, y un mordisco profundo también. Mi interpretación es que se peleó con su agresor o agresora y que el mordisco sirvió para dejarla momentáneamente anulada, lo que debió de facilitar el empujón mortal. La sensación general que me dio lo que vi es que quien lo hizo actuó con bastante saña. Como si odiara de veras a la chica. Pero no soy un especialista en estas cosas.

El especialista, que se suponía que era yo, estaba de acuerdo con sus consideraciones. Había algo, no obstante, que me descuadraba un poco en esa reconstrucción de los hechos.

—¿No habéis encontrado a nadie que viera nada?

—Hasta el momento, no.

—¿Y no es un poco extraño?

—¿En qué sentido?

—Según el forense, la muerte la produjo el impacto contra las rocas, a eso de las cuatro de la tarde. No es un lugar de paso, pero tampoco está muy retirado. ¿No te parece sorprendente que nadie viera nada, si hubo un forcejeo como suponemos?

—Tampoco es la hora de mayor afluencia —razonó el sargento—. Esta semana está haciendo bastante calor, y aquí la gente no está acostumbrada al bochorno. Pudo suceder que sobre las cuatro no hubiera nadie más en las inmediaciones del mirador. Y que nadie viera nada, si todo ocurrió lo bastante deprisa.

—Eso, y la saña que describías antes, me impulsa a pensar que no fue un

encuentro fortuito. Que iban a por ella. Que incluso pudieron buscar la ocasión para quitarla de en medio.

—Salvo que lo hiciera un loco.

—Los locos no son nunca mi primera hipótesis —aclaré—. La estadística apunta más a menudo a los cuerdos. Y la lógica sólo nos permite representarnos lo que obedece a alguna razón.

—Eso está claro.

—¿Tienes alguna suposición sobre el móvil del crimen?

El sargento sonrió.

—Claro, varias. Novio despechado, la primera. La pega es que no tenía novio, por lo menos conocido. Y otra pega son los arañazos y el mordisco. No sé si sabe por dónde voy.

Asentí. Y puse en voz alta su conjetura:

—Los hombres no arañan. Ni muerden a alguien más débil.

—Esa es mi intuición, al menos. Aunque puede que piense en los hombres de otros tiempos. Ahora todo es posible.

—Lo es. Pero coincido en términos generales con tu apreciación. Leire, la chica a la que hizo la última llamada, nos ha hablado de una tal Pandora Gómez, con la que al parecer Sandra no se llevaba demasiado bien. Tengo a mi gente mirando los perfiles de redes sociales y la correspondencia electrónica de la difunta, para ver si eso nos da alguna pista que nos refuerce esa línea. Si la hay, habrá que llamar a esa chica. Te agradecería que tu gente, discretamente, nos fuera adelantando algunas averiguaciones sobre ella.

—Eso está hecho, mi brigada.

Regresé a la oficina provisional en la que mis compañeros se dedicaban a remover la identidad cibernética de Sandra Soutullo. Los encontré a los dos asomados a la misma pantalla, de la que Arnau estaba sacando las instantáneas que le indicaba Chamorro.

—Me parece que tenemos abundancia de agua en la piscina, mi brigada —me informó mi sargento, nada más verme entrar.

—¿Es decir?

—Por lo visto, el ambiente de cuarto de la ESO del instituto local era bastante chungo. Y el Facebook era el campo de batalla. Sandra no era ninguna santa: tenía un par de perfiles falsos con los que se metía de mala manera con varias compañeras, te estamos sacando fotos de los mensajes para que veas las lindezas que podía llegar a soltarles. Pero su verdadera guerra a muerte la tenía con Pandora Gómez. La pista en la que nos puso Leire parece la buena.

—Bien —suspiré—. Toca llamar a sus padres.

4

Ninguna hipócrita

Cuando me encontré frente a frente con los padres de Pandora Gómez no pude evitar preguntarme por los motivos que les habían llevado a escoger semejante nombre de pila para su hija. El padre era un tipo con coleta, lo que inmediatamente me previno contra él: sé que es un prejuicio sin fundamento, pero los hombres con coleta no me parecen fiables. En cuanto a la madre, una rubia de bote demasiado maquillada y arreglada para mi gusto, no me inspiró mayor confianza. Pese a todo, me esforcé por cumplir con mi deber de la mejor manera posible y puse todo mi empeño en dispensarles el trato atento que me venía exigido por la tradición del cuerpo.

—Soy el brigada Bevilacqua y estoy al frente de la investigación —les informé—. Como ya les avancé por teléfono, nos gustaría tener una conversación con su hija acerca de Sandra Soutullo.

—¿Berbiqué? —preguntó la madre.

—Bevilacqua. Es un apellido italiano. No tiene que molestarse en aprenderlo. Puede llamarme Vila, o Rubén, si le resulta más fácil.

—Pues sí, la verdad. ¿Y cómo se hizo guardia un italiano?

—Es una larga historia. Y no soy italiano, en realidad. Con su permiso, necesitaríamos hablar a solas con su hija.

—¿Por qué quieren hablar con ella, en concreto? —se interesó el padre, visiblemente con la mosca detrás de la oreja.

—Forma parte de la rutina. Estamos aún con las averiguaciones preliminares, entrevistando a todos los que la conocían. Si no me equivoco, ambas iban a la misma clase.

No se me escapó la expresión reconcentrada de Pandora, mientras

mantenía aquel intercambio con sus progenitores. Vestida de forma mucho menos provocativa que su compañera Leire, en su mirada había algo oscuro, no cabía duda. La cuestión era que con eso no bastaba, a mis efectos. Se trataba de vincular esa oscuridad con un acto homicida, y no a fin de convencer a la crédula audiencia de un programa matinal, sino de proporcionarle a un siempre reticente juez de instrucción la base para dictar un auto imputándola. Me obligué a recordarlo, cuando la tuve en la sala de interrogatorios, sentada al otro lado de la mesa frente a mí y a la sargento.

—Ante todo, queremos agradecerle tu colaboración, Pandora —le dije, por tratar de rebajar la tensión del encuentro.

—Bueno, no tengo más remedio que colaborar, ¿no?

—De todas formas. Me gustaría que nos contaras, lo primero de todo, cuál era tu grado de relación con Sandra.

—¿Mi grado de relación?

—Si la conocías mucho o poco. Si os llevabais bien, regular o mal —le aclaró Chamorro.

La chica se tomó unos segundos para pensar.

—La conocía, claro, íbamos a la misma clase desde primero.

—Ajá. ¿Y cómo os llevabais?

Pandora clavó la mirada en el suelo. Sin embargo, en su voz no hubo el más mínimo titubeo cuando declaró:

—Nos llevábamos fatal.

—¿Y eso?

—Pues que yo no la podía ver. Y ella a mí tampoco.

—¿Por alguna razón?

—Por miles de razones, en mi caso. Porque se creía la mejor, porque no paraba de meterse conmigo, porque se empeñó en quitarme al novio. No sé si le parecen suficientes motivos.

Chamorro me hizo una seña. Le dejé la pista libre.

—¿Quiso quitarte al novio? ¿Estás segura de eso?

—Puede preguntarlo por ahí. Siempre andaba tonteando con él, sobre todo cuando yo podía verla. Era un putón.

No podía decirse que Pandora trajera preparada una estrategia para alejar de ella nuestras sospechas, precisamente.

—Sí, ya sé que queda muy mal que lo diga —continuó—, pero yo no soy ninguna hipócrita. Ahora todos andan que si la pobre Sandra para arriba, la pobre Sandra para abajo, pero la verdad, se lo digo yo, es que Sandra no era

una buena persona.

Se nos quedó mirando, desafiante.

—Y ahora qué —dijo—. Supongo que me detendrán.

—No, mujer —traté de calmarla—. Para que pensemos siquiera en detenerte hace falta mucho más. ¿Puedes decirnos dónde estuviste el pasado martes entre las tres y las cinco de la tarde?

—En casa, tumbada a la bartola.

—¿Algún testigo de eso?

—Mis padres estaban trabajando, así que estaba sola y no tengo testigos. ¿Van a leerme ya mis derechos?

Vi que así no íbamos por buen camino. Preferí dar un paso atrás y dejar que fuera Chamorro quien continuase con la faena.

—Verás, Pandora —le dijo, con tono maternal—. Hemos estado viendo los mensajes que os cruzabais por el Facebook. Y también hemos visto lo que le ponías en su muro.

—¿Ah, sí? Sorpréndame.

La sargento leyó con voz neutra:

—«Eres una perra, un día de estos te vas a enterar».

—Sí, me temo que eso lo escribí yo —admitió la chica.

—¿Hay algo más que quieras contarnos?

Pandora no se arrugó. Al revés. Replicó, altiva:

—Si lo que espera es que ahora le diga que el martes, en vez de lo que acabo de contarles, me fui a buscarla, la encontré en el mirador y la empujé al fondo del precipicio, lo siento, pero no hice nada de eso y no se lo voy a decir. Me caía como una patada en la barriga, pero yo no soy una criminal. Y tampoco soy, por cierto, la única que le tenía ganas a esa engreída de mierda.

—¿A qué te refieres?

—Tampoco soy una chivata, pero ya que parece que han entrado en su Facebook, mírenlo bien. Lo mismo encuentran alguna pista.

Creí que debía intervenir yo, con el peso que me otorgaban mi edad y mis galones. Le busqué la mirada y le advertí:

—Pandora, este es un asunto muy serio.

—Me da igual. Tengo mis principios.

Reconozco que me impactó la desenvoltura con que aquella niñata despreciaba, en el mismo paquete, mis canas y mi autoridad. No estaba muy seguro de lo que entendía Leire por ser una pavisosa, pero, francamente, era lo último que Pandora me parecía.

—Bueno, ¿qué? —insistió, sin la menor conciencia de peligro—. ¿Tienen más preguntas? ¿Me van a encerrar?

En ese momento se abrió la puerta y asomó Arnau.

—Mi brigada —me interpeló.

—Dime.

—¿Puede salir un momento?

No estaba seguro de poder, pero salí.

—Me temo que acabo de tropezarme con algo ligeramente más alarmante que unas desavenencias entre colegialas —me reveló—. Échele un vistazo a esto. Y no es todo lo que hay.

Hice lo que me pedía. Las fotos eran inequívocas.

—Vaya por Dios —exclamé—. Qué suerte la nuestra.

5

Un expediente impoluto

Dejé que Pandora Gómez se fuera por donde había venido, en compañía de sus mosqueados padres. Tenía para ello varias razones, aparte del aplomo con que había rechazado cualquier implicación en la muerte de su odiada rival. Mientras Chamorro y yo perdíamos el tiempo con ella, quien de forma inesperada había abierto una caja de Pandora había sido el guardia Arnau. Lo que de ella había sacado lo teníamos extendido sobre la mesa en forma de una veintena de folios impresos. Se trataba de las fotografías de perfil y de los nombres de medio centenar de varones (o de personas que decían serlo, que nunca se sabe en estos casos) con los que Sandra Soutullo mantenía relación a través de sus cuentas de dos redes sociales. Algunas de las fotografías inclinaban a pensar que aquellos individuos no la ayudaban a hacer los deberes, precisamente.

—A dónde vamos a llegar. Es el fin de la civilización —dije.

—Tampoco te lo tomes tan a la tremenda, hombre —aconsejó Chamorro—. Es la edad, y el revoltijo de las hormonas.

—Entiéndeme, Virgi. Te tomas la molestia de hacer quinientos kilómetros, dispuesto a esclarecer la muerte violenta de una inocente joven, y te encuentras con esta sucursal cutre de Sodoma. Estamos perdiendo a chorros a la juventud. ¿Qué valores estamos acertando a inculcarles, fuera del *carpe diem*? ¿Quién demonios va a ocuparse de nosotros cuando estemos viejos e impedidos?

La sargento meneó la cabeza.

—Anda, no seas bobo.

—Está bien. Seamos prácticos. Acabamos de colocar una nueva hipótesis

encima de la mesa. Nuestra desaprensiva Sandra tuvo la insensata idea de relacionarse con un ciberdepredador sexual con el que, en el colmo de su insensatez, concertó una cita. Algo no salió bien, él se puso nervioso, se pelearon, se arañaron, se mordieron, él la empujó y huyó a toda pastilla del mirador.

—¿Usted cree? —dudó Arnau.

—Tutéame de una puta vez, Juan —le regañé—. Todavía no he cumplido los cincuenta, deja de hacerme sentir como tu abuelo.

—Perdona, mi brigada. ¿Tú crees?

—No, no lo creo. Todo junto me parece una chorrada, un despropósito, algo que sólo podría ocurrírsele a uno de esos escritores de *bestsellers* rocambolescos donde todos los personajes pueden ser culpables de todo, para jugar con el lector que gusta de esos pueriles ejercicios de combinatoria. La realidad es unívoca, biunívoca como mucho, y no produce semejantes incoherencias.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Chamorro.

—Manda todos esos perfiles a Madrid, para que se ocupe de ellos alguien que no tenga nada mejor que hacer. Algún novato que esté en prácticas. Pásale las claves y que se mire los mensajes, las últimas conexiones, todo. Y si se le ocurre algo, que nos lo cuente. Si le vemos visos de algo, te tocará hacerle un informe a su señoría, y si su señoría compra el producto le echaremos la caballería a algún imprudente que no se ha enterado todavía de que en internet quedan registradas todas sus estúpidas andanzas. Lo que no espero que nos ayude en nada a resolver este homicidio, pero no podemos dejar de explorarlo, después de haber visto lo que hemos visto, so pena de que alguien nos acuse de no tomarnos en serio nuestra tarea.

—Ajá —asintió mi compañera—. ¿Y nosotros, qué hacemos?

—¿Tú qué crees que deberíamos hacer?

—Ya sabes que no tengo prejuicios.

La miré fijamente.

—¿Qué me dices? ¿Buscamos a un varón? ¿Un tío que araña y muerde a una chica de quince años antes de matarla?

—No, no creo que busquemos a un varón —descartó.

—¿Y te parece que las dos sospechosas a las que hemos interrogado hasta este momento son unas candidatas firmes a cargar con este marrón que nos ha tocado en suerte?

—Siempre puedo equivocarme, pero no me parece.

Asentí, complacido.

—Estamos de acuerdo. Así que nos toca buscar a otra. Y el sentido común nos dice que un odio así es más probable entre quienes se conocen que entre quienes se tratan a distancia.

—¿Te parece oportuno que volvamos a hablar con la directora del instituto? —propuso.

—Me parece. Y mientras tanto, Juan, dale otra vuelta a toda esa morralla cibernética. Búscame una chica, una mujer, una anciana que pudiera odiar a nuestra Sandra.

—A la orden.

La directora del instituto nos atendió de ostensible mala gana. Según nos dijo, tenía invitados en casa y le habíamos estropeado una tarde de barbacoa. No le conté lo que a mí se me había estropeado por razón de aquel intempestivo viaje a Asturias. No me dio la sensación de que fuera a apiadarse mucho de mis dificultades. Para abreviarle las molestias, resolví ir directo al grano:

—Por lo que hemos averiguado, hablando con algunas de sus alumnas, y revisando sus ordenadores y sus cuentas de internet, Sandra no era la chica modosita que nos dijeron.

La directora me observó entonces con una especie de resignación. Encogiéndose de hombros, declaró:

—Mentiría si le dijera que me sorprende, pero yo sólo puedo contarle cómo se comportaba aquí. Y no daba problemas. Lo que hiciera fuera y en su vida privada se me escapa.

—¿Nunca se vio envuelta en ningún conflicto?

—Nunca. Un expediente impoluto.

—¿Qué me puede decir de Pandora Gómez y Leire Carrasco?

—Pandora, una chica algo cerrada y peculiar, pero buena alumna. En cuanto a Leire, imagino que la han visto.

—Incluso hemos hablado con ella —le informé.

—Entonces no necesitan que les diga nada. Salta todo a la vista. No tiene mal fondo. Un poco atontada por la edad y por los chicos. Si no sufre ningún accidente, ya se le pasará. Espero.

Por un momento, pensé en contarle lo que habíamos descubierto en el Facebook de sus alumnos, lo que incluía la feroz aversión que se tenían y se manifestaban Sandra y Pandora. Al final, preferí tratar de sacarle alguna información que no tuviera ya.

—Sólo por curiosidad. ¿Le viene a la cabeza algún problema que hayan tenido últimamente, con alguna otra alumna?

La directora pareció dudar un instante.

—Ahora que lo dice... Lo que no me parece es que tenga que ver con su investigación. Es una alumna de otro curso.

6

Otaku

Suelo observar la precaución de no interesarme por las noticias que salen en los medios sobre los casos en los que trabajo, salvo cuando recurrimos a ellos dentro de la estrategia de investigación. En aquel caso, se les había pedido al principio que hicieran un llamamiento a la ciudadanía por si alguien había visto algo sospechoso el día del crimen cerca del mirador donde había tenido lugar. Tan sólo respondió la tropa habitual de pirados con ganas de distraerse y distraernos. Desde entonces, la juez había impuesto cerrojazo informativo, y tres días después del suceso las especulaciones comenzaban a dispararse. Se hallaban en el pueblo equipos de todas las radios y televisiones, a los que nos tocaba sortear en nuestros desplazamientos. No era fácil: siendo un lugar pequeño, y nosotros forasteros, todos nos habían fichado apenas habíamos puesto el pie allí. Una nube de reporteros aguardaba ante nuestras dependencias. Tan pronto como bajé del coche se me echaron encima. La carrera por incrustarme la alcachofa bajo la nariz la ganó una intrépida becaria que sin darme opción a respirar me espetó a bocajarro:

—Agente, ¿es verdad que la Guardia Civil piensa que Sandra fue víctima de acoso escolar?

No estoy autorizado para revelar lo que la Guardia Civil piensa, en el supuesto de que tal sujeto pensante exista y ejerza de algún modo sus capacidades intelectuales. Tampoco dispongo de una fórmula diplomática que me permita repeler con elegancia a quien me interpela en tales circunstancias, así que me limité a apartarle suavemente el micrófono y a buscar, dando un rodeo, un camino expedito hacia la entrada de las dependencias policiales. Cuando hubimos dejado atrás a los periodistas, Chamorro observó:

—¿Quién les habrá ido con ese cuento?

—Cualquiera —deduje—. Leire, Pandora, sus padres. Espérate, que aún están a tiempo de llevarlos a decir sandeces en la sesión de telebazofia del sábado. Imagínate a Leire en *prime time*.

—Una mina.

—No nos vendría del todo mal. Si la vía que acaba de señalarnos la directora de instituto nos conduce a la solución, estarán especulando justo en sentido contrario.

Encontramos a Arnau inclinado sobre la pantalla, con un gesto de preocupación que no sugería que sus indagaciones hubieran sido excesivamente fructíferas. Por suerte, traíamos algo que tal vez le ayudara a considerar menos baldíos sus esfuerzos.

—Tengo un nombre para ti —le anuncié—. Thais Sierra Martín. Vecina de este mismo pueblo y alumna de tercero de la ESO. En cuanto puedas, mételo por favor en la ventana de búsqueda.

—¿Eh? —dudó—. ¿Por algún motivo en particular?

Chamorro tomó la palabra.

—Según nos ha contado la directora del instituto —le explicó—, Thais Sierra llevaba desde mediados de curso comportándose de un modo algo extraño. Faltó varios días a clase, y en cierta ocasión la encontraron en los servicios llorando y sangrando por la nariz. Cuando la directora le preguntó quién le había pegado, respondió que se lo había hecho ella misma. A nuestro brigada y líder natural —bromeó— le gustaría que nuestra primera diligencia de mañana fuera ir a visitarla. Y según su criterio, que comparto, quizá nos sea útil haber explorado antes si pudo existir entre ella y Sandra alguna relación que quedara reflejada en sus cuentas de internet.

Arnau, que había tecleado aquel nombre mientras escuchaba la explicación de la sargento (y me satisfizo comprobar que no había sido necesario repetírselo), nos informó al instante:

—Thais Sierra Martín. Aquí tengo su muro de Facebook.

Dimos la vuelta a la mesa para echarle un vistazo a lo que había encontrado nuestro diligente guardia. Lo primero que nos llamó la atención fueron los tonos invariablemente tenebrosos de las ilustraciones que la chica había escogido como fondo de escritorio. Entre los textos que había colgado en su muro había varios escritos en japonés, alemán e inglés. De los primeros no pude sacar nada, aunque las imágenes que los acompañaban sugerían que Thais era aficionada a las manifestaciones más lúgubres del manga nipón.

—Vaya, una *otaku* —dijo Arnau.

Gracias a mi hijo sabía que este término japonés designaba, fuera de Japón, a los fanáticos del manga. Una consulta en la Wikipedia me había permitido averiguar, tiempo atrás, que entre los japoneses designaba a cualquier persona con aficiones obsesivas. Interpreté que mi joven subordinado usaba la primera acepción.

—No sólo hay manga —le dije—. Baja un poco más.

Los textos en inglés sí pude descifrarlos: eran letras de canciones del grupo californiano My Ruin. La primera era un fragmento de *Ready for Blood*. Justamente este: «*Tell your god to be ready for blood / loyalty is just a lie*». Seguimos avanzando y nos encontramos otra letra, esta vez en alemán. La descifré sin dificultad, pero no por mi mejorable manejo de la lengua de Goethe, sino porque la conocía de una investigación anterior: un asesinato relacionado con un grupo neonazi, en el que el autor había tenido el dudoso gusto de dejar en el contestador del teléfono de la víctima un mensaje con aquella canción. Se trataba de *Ich Tu Dir Weh*, de Rammstein, y lo que reproducía, cómo no, eran los tres primeros versos del estribillo: «*Ich tu dir weh / Tut mir nicht leid / Das tut dir gut*». Recordé la traducción que entonces me ayudaron a hacer: «Te hago daño, no lo siento en absoluto, esto es bueno para ti». Sumado a lo anterior («Dile a tu dios que esté preparado para la sangre / la lealtad es sólo una mentira»), tenía toda la pinta de que nuestra investigación acababa de llegar a puerto. Tan sólo faltaba un pequeño detalle. Por qué.

—No ha entrado en la cuenta desde el día de la muerte de Sandra —observó Arnau.

—Imagino que la tenía entre sus amigos.

—Imaginas bien, mi brigada.

Aunque el Facebook es una herramienta que procuro no utilizar, por su tosco diseño, la prolijidad casi intolerable de sus contenidos y la facilidad con que mueve a sus usuarios a dilapidar su existencia en chismorreos sin sustancia, sabía, qué remedio, cómo iba.

—Recupera los mensajes que se cruzaron las dos —le pedí.

Lo hizo. No había muchos. Sobraba con este:

«A las cuatro. En el mirador».

7

Nadie escucha

El interrogatorio de Thais Sierra, al final, resultó algo más complicado de lo que habíamos previsto. Después de reunir las pistas inquietantes que contenía su Facebook, había creído mi deber informar a mis jefes y a la autoridad judicial para contrastar con ellos la urgencia de la intervención. Mi comandante delegó en mi criterio, sometido a lo que decidieran el juez y el fiscal de menores, bajo cuya jurisdicción caía a partir de ahora el caso. Su señoría vio indicios suficientes para intervenir todas las cuentas de correo y redes y la línea móvil de Thais, así como para requerir a la operadora que nos remitiera el listado de llamadas y la ubicación de su teléfono a lo largo de la jornada de autos. Por un momento contemplamos la posibilidad de ir a buscar a la chica esa misma noche, pero acordamos que los nuestros la controlasen y no presentarnos en su casa hasta el día siguiente, ya con toda la información debidamente analizada. Si al final considerábamos necesario detenerla, algo que no era descartable, sólo tendríamos de veinticuatro horas para completar todas las diligencias, antes de entregársela al fiscal de menores.

Sin embargo, el investigador propone y el azar dispone. Esa noche recibí una llamada del sargento jefe del puesto:

—La casa está cerrada a cal y canto —me informó.

—¿Quieres decirme que nuestra sospechosa se ha dado a la fuga? ¿Una chica de quince años? ¿Y los padres?

—Tranquilo, mi brigada. Se fueron de vacaciones. Anteayer.

—¿De vacaciones? ¿A dónde?

—A Cádiz.

—Vaya. No podían irse más lejos. ¿Tienes las señas?

—Las estoy averiguando.

—Pues nada, apenas las tengas, me dices. Yo voy avisando a mi gente de que mañana nos toca hacernos mil kilómetros.

Así fue como nuestra entrevista, finalmente, no tuvo lugar a la mañana siguiente ni en la casa de Thais Sierra, sino de noche y en una oficina gaditana del Cuerpo, a la que nuestros compañeros, después de personarse en el hotel donde veraneaba la familia, habían trasladado a la joven sospechosa. Cuando por fin la tuvimos enfrente, todavía aturridos por la paliza de coche que acabábamos de pegarnos, nos costó ponernos en situación.

Thais era una chica menuda, apenas alcanzaba el metro sesenta de estatura y cincuenta kilos de peso. Vestía con ropas oscuras, demasiado calurosas, o eso me pareció, para las fechas en que estábamos. Su expresión oscilaba entre la ausencia absoluta y un suave desinterés. Uno nunca sabe cómo va a reaccionar la persona a la que va a interrogar sobre un crimen, por muy bien que traiga amarrado todo y por frágil o inseguro que parezca el oponente. Entre que yo no andaba muy fino y la pasmosa tranquilidad que mostraba la chica, me pareció que sería mejor no apresurarse a entrar en harina.

—Hola, Thais, me llamo Rubén y soy brigada de la Guardia Civil —me presenté—. Estos son mis compañeros, la sargento Chamorro y el guardia Arnau. Investigamos la muerte de Sandra Soutullo. Antes de nada, me gustaría saber si estás bien, si te hace falta algo. ¿Tienes hambre, sed, quieres que te traigamos alguna cosa?

Thais se limitó a menear la cabeza.

—¿No tienes calor? Ya nos disculparás, pero no podemos poner a plena potencia el aire acondicionado, por culpa de las restricciones del presupuesto. ¿No quieres ponerte más cómoda?

Volvió a denegar en silencio.

—¿Ni siquiera te apetece remangarte?

—No —dijo esta vez. Su voz era tenue pero firme.

—¿No te apetece... o no puedes remangarte?

Aquello la hizo vacilar, pero se recompuso en seguida.

—¿Qué quiere decir?

—¿Hay algo en tus brazos que no quieres que veamos?

Sus labios se torcieron en una mustia sonrisa.

—Ya da igual, supongo.

—Sabes la razón por la que queremos hablar contigo. Y sabes también lo

que vamos a preguntarte —aposté.

—Tengo alguna idea, sí.

—¿Y cuál va a ser tu estrategia?

—¿Necesito una? Es decir, ¿me servirá de algo tenerla?

—Eso es cosa tuya, Thais —le concedí—. Lo que puedo decirte es que mis compañeros y yo no somos tus enemigos; estamos aquí para tratar de ayudarte. Y lo mismo el fiscal y el juez ante los que te llevaremos tan pronto como terminemos esta conversación. Eres una menor de edad, y la ley nos obliga, ante todo, a protegerte.

—¿De veras?

—Por extraño que te parezca, así es —dijo Chamorro.

—Si han venido hasta aquí es que ya saben todo lo que necesitan saber —razonó—. Me imagino que habrán encontrado pruebas, y las habrán confirmado o las confirmarán en seguida, con el teléfono que me han quitado antes de entrar aquí. Traté de borrar todos los rastros, pero en seguida me di cuenta de que no tenía ningún sentido. Podía borrarlos de mis cuentas, pero no de las de ella.

—Eres una chica muy inteligente. Tenemos pruebas, sí.

—No soy una asesina —aseguró, con los ojos encendidos—. No fue premeditado, sencillamente sucedió, y no me pude contener. Si lo hubiera planeado, no habría sido tan torpe.

—Te creo —dije.

—¿Me cree? ¿Qué cree?

—Que no eres una asesina. Y que no eres tan torpe.

—¿Por qué me da la razón? ¿No debería acorralarme?

—¿Qué fue lo que pasó, Thais? ¿Por qué lo hiciste?

—¿No lo han averiguado con sus investigaciones?

—Más o menos. Pero quiero oír tu versión.

Thais inspiró hondo.

—No le voy a dar todos los detalles. Digamos que Sandra jugó conmigo, me hizo creer que quería lo que no quería en realidad. Yo fui idiota y me dejé engatusar por ella. Y ella se aprovechó. Quiso humillarme, porque me veía débil, pero no calculó bien. Se equivocó de víctima, se equivocó de momento. Y también de lugar.

La última frase de Thais dejó en el aire un silencio espeso.

—¿Por qué dejaste que llegara tan lejos? —preguntó Chamorro—. ¿Por qué no se lo contaste a tus padres, a los profesores?

Thais desvió entonces la mirada hacia sus padres, que asistían a aquella escena como si perteneciera a una película de terror.

—Perdone que se lo diga, sargento —replicó, con amargura—. Nadie escucha. Nadie entiende. A nadie le interesa.

Después hubo algunas diligencias, un poco de burocracia policial y judicial para disimular nuestra triste inoperancia frente al mal, pero en aquellas demoledoras palabras de Thais sentí que quedaba sentenciado todo lo que de veras importaba: por qué y en qué forma en el mundo en que vivíamos podían arruinarse de golpe y para siempre dos vidas, sin que nadie acertara a impedirlo, antes de cumplir los dieciséis.

*Viladecans-Vilanova i la Geltrú,
19-27 de julio de 2013*

Cuatro
novios

1

No era el único

Me imagino que si el azar nos hubiera juntado a Kevin Gamarra Fernández y a un servidor en un callejón tenebroso o en la puerta de un antro de marcha nocturna me habría mirado como quien mira a una mierda y habría seguido su camino. Quizá, haciendo un exceso, se habría detenido a largar un gargajo contra el suelo, pero como si ya le apeteciera de antes, no porque yo estuviera ahí. Kevin, veintidós años de edad, metro noventa de estatura, el flequillo peinado sobre la frente, corte de pelo al cero por los lados y el occipital, aros en las orejas, brazos profusamente tatuados, músculos labrados en el gimnasio y adherida como una lapa al torso la misma camiseta que llevaba en la primera comunión, era el prototipo de eso que no me habría gustado que fuera mi hijo (de eso que no me habría gustado que fuera nadie, en realidad). Sin embargo, me tocaba hacer abstracción de mis gustos, porque no estábamos en un callejón ni en la puerta de un antro de marcha nocturna. Estábamos en una sala de reuniones de la comandancia de la Guardia Civil de Badajoz, donde él era un ciudadano con todos sus derechos y yo el agente de policía judicial encargado de interrogarlo. Esa era la principal razón por la que, en vez de ignorarme como el desvencijado vejestorio que debía de ver en mí, se forzaba a escucharme con alguna atención.

También debía de influirle el recuerdo de los grilletes que acababa de pedir a mis compañeros que le quitaran, y que le volverían a poner tan pronto como yo se lo indicara. Mis compañeros, sólo un poco mayores y de la misma estatura que Kevin, habían hecho más horas de gimnasio y eran dos, y aunque las nociones aritméticas del detenido fueran tan básicas como me permití presumir, hasta ahí llegaban seguro. Añádase lo que pudiera haberle

persuadido el rato que acababa de pasar con su abogada de oficio, que estaba a su lado y que también me escuchaba, con el ánimo algo dividido. Mis canas me decían que la pobre mujer tenía que esforzarse para asistir a aquel interrogatorio del lado del tipo que le había tocado en suerte, un presunto maltratador y para remate presunto asesino de su novia, la joven de dieciocho años Tamara Serrano Salas, desaparecida desde hacía mes y medio y encontrada dos días atrás en estado de avanzada descomposición en un paraje casi inaccesible.

Esos eran los términos en que se iniciaba nuestra relación. Para contextualizarla mejor, habría que añadir los testimonios que en ese mes y medio habían ido recogiendo mis compañeros de la unidad territorial de policía judicial de Badajoz, y que, frente al desconuelo del que Kevin había hecho ostentación tras la desaparición de su novia, empeñándose en encabezar, infatigable, todas las batidas en su busca, nos hablaban de un individuo de trato desabrido, celoso y controlador, a quien se había visto discutir en público con la chica más de una vez, incluido el mismo día de su desaparición, cuando confesó haber estado con ella hasta las dos de la mañana.

En resumen, que Kevin tenía muchas papeletas para ganar la rifa de los veinte años de prisión que se estaban sorteando desde la aparición del cadáver, en el que los efectos de la putrefacción no alcanzaron a borrar los rastros de las múltiples incisiones de arma blanca que verosíblemente habían acabado con su vida. La profusión de teleseries de crímenes ha llevado al conocimiento general la idea de que las muchas puñaladas son sugestivas de crimen pasional, por lo que Kevin se sabía señalado como sospechoso primero. Fue desde ese ángulo, procurando despojar mi discurso de cualquier tono reprobatorio o justiciero, por donde decidí atacar el asunto:

—Ante todo, Kevin, me gustaría que entendiera dónde está y por qué. Y si en algo considera usted, señora letrada, que no me atengo a la verdad, le ruego que me interrumpa y matice lo que guste.

La abogada me miró entonces con una desconfianza que no supe si era hacia mí, hacia su patrocinado o hacia ella misma.

—Tenemos una chica desaparecida y que al cabo de un mes y medio, en pleno agosto, aparece con evidentes señales de haber sido asesinada —continué—. Lo de «pleno agosto» no se lo digo porque sí. En agosto no hay noticias, se suele decir. Para ser exactos lo que pasa es que no hay periodistas: los medios los llevan los becarios y, como nadie busca noticias de verdad, la

primera que salta y tiene un poco de potencial para captar a la audiencia se lo come todo. Y una chica muerta no tiene un poco, sino *todo* el potencial.

Me detuve para cerciorarme de que Kevin me estaba siguiendo. No podía asegurarlo al cien por cien. En fin, era lo que había.

—Esa es la razón, más alguna otra, por la que estamos aquí mis dos compañeros de la unidad central y yo —dije, señalando con el gesto a la sargento Chamorro y al cabo Arnau, a quienes había dado instrucciones de asistir a esta primera toma de contacto con los ojos bien abiertos y la boca bien cerrada—. No porque los guardias que hablaron con usted hace mes y pico, cuando desapareció Tamara, sean unos incompetentes, sino porque el caso ha saltado a la primera plana de todos los informativos y los políticos sólo se quedan tranquilos si pueden decir que han mandado a atenderlo a los que todo el mundo cree que son la élite de la investigación.

Kevin me observó entonces con un gesto difícil de interpretar.

—¿Me sigue? —pregunté.

—¿A dónde quiere ir a parar? —dijo entonces la abogada.

—A este justo punto en el que estamos —le expliqué—, en el que su defendido, pareja sentimental de la difunta, última persona que la vio con vida y, según una decena de testigos, protagonista de unos cuantos incidentes de violencia verbal hacia ella, se ve ante la justicia como principal sospechoso del crimen.

—Yo nunca le puse la mano encima —saltó Kevin, irritado—. Se lo puedo jurar. Por lo que usted me pida.

—He dicho «violencia verbal» —le aclaré—, y por desgracia el juramento del imputado no vale como medio de prueba ante un juez. Por lo demás, goza usted del derecho a la presunción de inocencia, por lo que es más bien a nosotros a quienes nos toca probar que lo hizo. No le digo que lo tengamos ya probado, pero tenemos lo que en circunstancias normales es un buen comienzo, y vamos a seguir trabajando para completarlo. Contamos con buenos profesionales; si dejó rastros es más que probable que los encontremos.

—Sigo sin ver a dónde va —volvió a terciar la abogada.

—Ya llego —la calmé—. A que aquí, Kevin, hay dos opciones: o bien es usted culpable, y tal vez podría considerar la posibilidad de colaborar con la justicia para suavizarse la pena; o bien es inocente, y en ese caso vendría bien que nos diera alguna información que nos ayudase a plantear otra teoría y a investigarla debidamente.

—No tienes que inculparte —dijo la abogada.

—He dicho «podría», no que deba —le precisé—. Y ya la tiene a usted para aconsejarle sobre los pros y los contras de hacerlo.

—No pienso inculparme, porque soy inocente —dijo Kevin, con una sorprendente serenidad—. Yo no maté a Tamara. Y si lo que me cuelga este marrón es que era su novio, me parece que van a tener que trabajar un poco más para ganarse el sueldo.

—¿A qué se refiere?

—A que yo no era el único. Tamara tenía más novios.

Hube de admitirlo: con tan sólo dos frases, Kevin Gamarra había logrado descolocarme. Nada hay más necio, me dije, y no era la primera vez, que subestimar al ser humano que tienes enfrente.

2

Sembrar la duda

La sorprendente revelación de Kevin Gamarra me colocaba en la necesidad de hacerle dos preguntas. Y las hice, por orden:

—¿Cuántos novios tenía Tamara?

Kevin se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Pero por lo menos tres. Aparte de mí.

Miré a Chamorro. Siempre he envidiado su capacidad para permanecer impertérrita. Temía que a mí se me notara demasiado el desconcierto al que me arrojaba aquella declaración.

—¿Y me puede decir, si tiene usted la bondad, por qué motivo omitió proporcionarnos esta información cuando mis compañeros hablaron con usted después de que ella desapareciera?

—Lo va a entender en seguida —me concedió, y he de admitir que no me halagó sentir su condescendencia—. Ya bastante jodido lo tenía de entrada, como para además echarme encima lo que ahora voy a contarle, ya que no me queda más remedio.

—Vuelvo a recordarte que no tienes que acusarte —le advirtió su abogada, con un esfuerzo algo más que perceptible.

—Y yo a ti que no pienso acusarme de nada —se le revolvió Kevin—. Lo que voy a decir no es un crimen, o si lo es no creo que sea demasiado grave. Sé que tenía más novios porque fue al baño y se dejó el móvil encendido encima de la mesa, y justo en ese momento le entró un mensaje por Snapchat. ¿Sabe usted lo que es?

El interpelado era yo, el decano del lugar.

—Vagamente —respondí.

—Pues eso, le entró un mensaje, que dejaba bastante claro lo que tenía con quien se lo mandaba, y que le aseguro que no era yo. El teléfono no estaba desbloqueado y ya sé que no se debe, pero aproveché para curiosear. Y lo que vi fue que tenía mensajes de otros dos, en el Whatsapp y en una cuenta de correo electrónico.

—Le dio a usted tiempo a curiosear mucho.

—Tamara era una tardona. Y los baños de chicas están siempre petados de meonas y de tías que van a retocarse el ojo.

Vigilé de reojo la reacción de Chamorro. Continuaba impasible.

—Por eso tuvimos la bronca esa noche —explicó Kevin—. La bronca y algo más. Le dije que o me lo explicaba de forma que lo entendiera o que se olvidara de mí y le tomara el pelo a cualquiera de los otros, o a los tres, si se dejaban. Y ella no me lo explicó.

—¿Me está diciendo que rompió esa noche con ella?

—Más o menos.

—Vaya. Y sin embargo, ahí estuvo, haciendo el papel de novio desconsolado durante semanas, declarando en los medios. Incluso jurando que quien le hiciera daño a Tamara se las vería...

—Qué iba a hacer —me interrumpió—. ¿Colgarme yo mismo del primer árbol? Además, no estaba mintiendo. Me hizo polvo que desapareciera. Y le arrancaría la cabeza al que la mató. Lo que no podía era entregarme yo mismo, para que el asesino se librara.

—O sea, que no dejó de quererla —deduje.

—La verdad, yo... ¿Era teniente? —dudó.

—Subteniente —le corregí. Tampoco yo estaba a aquellas alturas del todo habituado aún a mi ascenso.

—Pues eso, subteniente, ya no sé muy bien lo que siento, la verdad. La echo un huevo de menos, pero la estrangularía si estuviera viva, por gilipollas, por irse con quien cojones se fuera y que le acabó haciendo lo que le hizo. Y a ese, que es al que tendrían que estar buscando ahora, no me lo dejen a solas, porque le juro que no sale por su pie, y a lo mejor lo sacan con los pies por delante.

—Kevin, cálmate, por favor —habló la abogada.

—No esté tan preocupada —sugerí—. Para mi gusto particular, a su cliente sólo le sobra jurar tanto. Por lo demás, acaba de sembrar la duda en mi mente, que es mucho más de lo que me esperaba de esta entrevista. Claro que lo tendría mucho mejor si pudiera comprobar lo que me dice usted, Kevin, con

el teléfono móvil de Tamara. Ese que, como bien sabe, no ha aparecido todavía y que se apagó sobre las tres de la mañana, enganchado a la antena que corresponde al lugar donde usted dice que la dejó aquella noche.

—Y donde a lo mejor quedó luego con alguno de los otros —dijo Kevin—, y fue entonces, cuando el otro llegó a recogerla, cuando lo apagó para que yo no pudiera llamarla, por ejemplo.

—Bien traído —reconocí—. Ha estado pensando, durante todo este tiempo.

—Por deporte —dijo, desafiante—. Al que le pagan por pensar es a usted, pero viendo lo que hay, no me importa ayudarle.

A esas alturas, la abogada no daba crédito a lo que oía. A Kevin, en cambio, se le veía cada vez más animado. Y aunque a mí no me convenía de ninguna manera, porque era agosto y en Badajoz aún hacía demasiado calor, y sólo tenía ganas de volver a casa y no es lo mejor en mi oficio simpatizar con los sospechosos, notaba que el cuento de Kevin no me desagradaba del todo: tenía chispa y tenía aire de verdad, y no tenía nada de ese bobo afán de complacer en que a menudo incurren los malos, incluso los listos, para armarse una coartada que los proteja de los perros de presa como yo.

—Celebro mucho su impulso solidario, Kevin —dije—, y hasta estoy dispuesto a considerarlo como una oferta sincera, aunque tenga más de un motivo para dudar que sea así. Siento decirle que no vamos a dejar de buscar pistas que nos permitan acreditar su autoría, no nos queda más remedio, pero si me ofrece algo concreto puedo llegar a plantearme dedicar una parte de los esfuerzos de mi equipo a profundizar en esta vía alternativa que nos acaba de sugerir. ¿Qué sabe de esos otros novios, como usted los llama?

—Poca cosa, lo que pude sacar de esos mensajes. Que uno era de Badajoz capital, o allí la citaba por lo menos. Que otro tenía un tatuaje tribal en el hombro, se veía en la foto que le mandó por Snapchat. Y que el otro era mayor. Mucho mayor que ella.

—¿Y eso lo dice basándose en...?

—El pellejo fofo y arrugado de la barriga —me espetó, rotundo, no sin lanzar una ojeada al lugar donde hacía unos cuantos lustros que yo no lucía una tableta de chocolate, precisamente.

Asentí, despacio.

—Bien, es un principio —dije—. Algo haremos con eso. Sólo le pido que se cerciore de que la información que acaba de facilitarnos es correcta y fidedigna. O si prefiere que se lo transmita de un modo algo más crudo, que no

acaba de colocarme usted los tres primeros pegotes que se le han pasado por entre los pendientes.

La alusión a los pendientes iba con ánimo de provocarlo. Kevin Gamarra no se dejó sacar de sus casillas, al contrario:

—Tengo grabados a fuego esos detalles que acabo de decirle. Y no dejo de pensar, entre otras cosas, en las tardes que Tamara me decía que se iba de compras a Badajoz y luego no veía que se hubiera comprado nada. En lo imbécil que fui con ella, y en lo imbécil que sigo siendo, porque no puedo odiarla como se merece.

—Nunca acaba de estar del todo claro lo que se merece cada cual —aventuré—. Desde luego, y esto es lo único que a mí me importa, Tamara no se merecía que la mataran, así que vamos a hacer nuestro trabajo. Sin ahorrarnos nada. Por eso mismo me toca pedirle que me dé todos los detalles que recuerde de lo que encontró en el móvil de Tamara, y después, si es tan amable, que vuelva a contarme todo lo que hicieron y sucedió aquella tarde y aquella noche, y dónde estaba usted a partir de qué hora y quién puede atestiguarlo.

Kevin me observó con una desgana infinita. No me apetecía a mí mucho más abordar aquella conversación redundante, ni nada de lo que iba a venir después. Pero el protocolo es el protocolo.

3

Un dinosaurio

Pese a la aprensión excesiva e infundada de su letrada, Kevin se sometió con docilidad al interrogatorio. Con docilidad y aprovechamiento, he de precisar, tanto para nosotros como para él mismo. En su relato de hechos de aquella noche fue plenamente coherente con lo declarado antes a nuestros compañeros de Badajoz, salvo por la adición del detalle del examen del teléfono móvil de Tamara y la ruptura consiguiente, que logró encajar con el resto sin que se produjeran chirridos irreparables. Mi experiencia con los culpables del perfil de Kevin que se ponen a fabular arrojaba resultados mucho menos convincentes. También era verdad que había dispuesto de casi mes y medio para poner a punto el cuento, pero esa misma experiencia me dice que para quien no tiene la costumbre de leer ni hacer novelas no es fácil montarse una que dé el pego, y menos aún hallándose inmerso en la situación de estrés severo que representa verse incriminado, por mucho tiempo que uno pueda tener.

Sin embargo, siempre queda un margen para la duda, y aquel chaval me estaba dando la sensación de ser más astuto de lo que su apariencia me había inducido a creer a primera vista. Ya que su detención se había practicado por orden judicial, no creí necesario ni tampoco conveniente ir a hablar con su señoría para sugerirle que tal vez estábamos equivocando el objetivo y que mantenerlo privado de libertad podía afectar a sus derechos fundamentales. Sé que está feo, pero si lo hubiera hecho, y si Kevin terminaba siendo el culpable y aprovechaba su libertad para largarse, todo el mundo me habría despellejado, sin observar el más mínimo miramiento hacia mí por mi loable empeño en preservar los derechos humanos.

Una vez que terminamos con él, convertí la reunión de mi equipo (Chamorro, Arnau, la guardia Lucía y dos investigadores de la unidad de Badajoz) en gabinete de crisis. No tardamos mucho en bosquejar un plan de acción. La búsqueda de indicios suplementarios que respaldaran la autoría de Kevin ya estaba en marcha, en varios frentes: desde el examen de testigos y otros posibles elementos indirectos (posicionamiento de móviles, comunicaciones varias y eventuales grabaciones) hasta el análisis criminalístico de los vestigios directos (cadáver, restos biológicos). Lo que ahora nos tocaba era explorar la manera de contrastar lo que Kevin nos había dicho sobre aquellos otros tres hombres: para ello era necesario verificar, en primer lugar, su existencia; y, en segunda instancia, si esa verificación arrojaba un resultado positivo, tratar de identificarlos y localizarlos.

Le pasé la patata a la sargento Chamorro, adjudicándole un subequipo potente: Arnau más el apoyo en Madrid de la cabo Salgado, conectada con los especialistas del grupo de delitos telemáticos que tenían en su poder y estaban tratando de destripar el ordenador portátil y la tableta de la víctima y, a partir de ellos, y de sus archivos visibles y ocultos, sus identidades virtuales y su posible actividad con ellas. Son asuntos estos, lo reconozco, que me aburren horriblemente: desde que la gente pasa tantas horas al día trabajando gratis para gigantescas corporaciones trasnacionales que trafican de forma tan lucrativa con sus datos personales, el material así generado es tan ingente, y su banalidad tan inmensa, que exige la juventud y la paciencia que todavía tenía gente como Arnau para procesarlo como es debido. A mí me pillaba demasiado resabiado y demasiado mayor para no distraerme fatalmente mientras repasaba las listas de ficheros, las conversaciones sin envidia alguna, los retuiteos y los *likes* y las fotos y los memes y toda esa cascarria digital a la que cuatro avispados de Silicon Valley han logrado reducirnos la vida.

No cuento todo esto para desdeñarlo o crearme por encima, sino justo para todo lo contrario: para certificar mi inferioridad y mi inadecuación a los tiempos en mi calidad de investigador criminal, y para subrayar en qué medida dependía para mi supervivencia, en esa condición, del equipo que tenía y que tanto distaba de merecer. Chamorro no tardó ni veinticuatro horas en presentarse ante mí con Arnau con los resultados de sus pesquisas. En el tiempo que yo había perdido de la forma más absurda y lamentable junto a Lucía y los de Badajoz, hablando con gente que conocía a nuestro imputado (normalmente mal, por lo que pude deducir) y examinando informes forenses

sobre la trayectoria de las puñaladas según los rastros dejados en la osamenta de Tamara (que me facilitaban una información tan concreta como de momento inservible para acusar a nadie), ellos habían logrado no sólo comprobar que aquellos tres tipos existían, sino identificar a dos de ellos y reunir pistas suficientes para poder dar con la identidad del tercero en un par de días como máximo. Fue Chamorro quien me hizo el resumen pertinente:

—Como te conozco, te ahorro todo lo que sé que no te interesa. Es curioso, pero resulta que al tener, gracias a Kevin, esa información del móvil que hasta el momento no teníamos, los datos que estaban almacenados en la tableta y en el ordenador han empezado a hablar inmediatamente. El primero al que hemos conseguido ubicar es el individuo del tatuaje tribal. No nos ha llevado ni media hora, gracias a las fotos que colgaba en Instagram y que Tamara favorecía con *likes* asiduos desde una de sus varias cuentas encubiertas en esta red. Se llama Aarón López Sánchez, veinte años, y es vecino del pueblo de al lado. Cruzando otros datos, deducimos que se conocieron en unas fiestas y que llevaban cerca de un año de relación clandestina y esporádica. El de Badajoz capital, o mucho nos equivocamos, sería un tal Cristóbal Sola Sola, treinta años, un fotógrafo con el que Tamara había hecho varias sesiones, incluida una especie de *book* por el que no le cobró nada; en dinero, quiero decir. Es esa sesión de fotos glamurosas que ella tenía bien guardadas en una carpeta de su portátil. Los correos electrónicos desde una cuenta de Gmail identificada con un nombre distinto del suyo nos permiten sospechar una relación también esporádica entre ellos, con sesiones fotográficas que tenían lo que podríamos llamar un final feliz.

—Me siento un dinosaurio —murmuré, sombrío.

—No tiene mérito —le quitó importancia—. Es sencillo cuando tienes la llave que abre la cerradura, como todo en la vida.

—No lo puedo evitar. Acabo de verme. Fuera del mundo.

—No te tortures, nos tienes a nosotros, y a nosotros nos viene bien seguir contando con tu ojo clínico y el temple de tus años.

—Está feo apiadarse del jefe, Virgi.

—No me apiado, lo digo de veras. Y nos queda el tercero. Aquí es donde estamos todavía a medias, pero espero que no por mucho tiempo. Es el hombre mayor con el que Tamara mantenía una relación virtual que según todos los indicios atravesó la pantalla hará unos seis meses. Hemos recuperado unas fotos borradas que seguían en el disco duro. Tenemos su cuenta de correo y estamos esperando que el proveedor nos facilite las IP desde las que solía

conectarse. Puede que las tengamos mañana, o pasado mañana como muy tarde. En todo caso, con lo que hay, ya tenemos tarea.

Me rendí a la evidencia. Mis días como investigador estaban tan contados como los de la raza humana como especie única y presuntamente inteligente. La humanidad estaba a punto de desdoblarse en dos: la fracción mayoritaria, unos primates idiotas que vivirían sólo para enriquecer a otros; y una minoría hiperconsciente e hiperinformada que manipularía a placer al resto. Me pregunté si estaba aún a tiempo de unirme a los superhumanos. Tuve mis dudas.

4

Un masaje

Puesto en evidencia de manera tan inapelable mi anacronismo, me obligué a tratar de recobrar las riendas de la investigación. Y me dije que, antes de indagar preliminarmente a los dos nuevos sospechosos y tratar de ubicar al tercero, diligencias estas que en todo caso puse en marcha, era bueno pararse y volver a mirar el punto primero del problema, que como sucede en todos los casos de homicidio no es otro que la víctima: su carácter, su modo de estar en el mundo, sus hábitos, sus inquietudes; en suma, todo lo que acaba determinando las relaciones que establecemos y que son las que, salvo excepción anecdótica, llevan a quiénes y por qué y hasta cómo nos quitan la vida violentamente, si tal llega a ocurrirnos.

La pregunta primera, la que habría de iluminar, validar o invalidar cualquier camino que pudiéramos abrir, no era otra que esta: ¿quién era Tamara? Recapitulé lo que sabíamos, que a esas alturas era bastante. Segunda de tres hermanos de una familia de buen pasar económico, sin excesos (el padre era titular de una explotación agropecuaria), estudiante mediana, llevaba algo menos de un año apuntada en una escuela de diseño de Badajoz, distante unos cuarenta kilómetros del pueblo en que vivía, con el vago propósito de dedicarse al mundo de la moda, como diseñadora e incluso ocasionalmente como modelo, aunque su verdadero sueño en la vida parecía ser el de convertirse en una *influencer*. A esos efectos había abierto un canal de YouTube *youtube* y un videoblog que habían cosechado un éxito muy modesto: apenas unos pocos centenares de seguidores. Conviene consignar que Tamara, no exenta de cierto desparpajo, contaba con el hándicap de su limitada capacidad como locutora y sus también mínimas destrezas audiovisuales:

había visto alguno de sus vídeos y su discurso era monótono, plagado de muletillas, y la realización y el montaje notoriamente incompetentes.

Mirándola en esos vídeos, me parecía una de tantas chicas de las que podían verse por decenas en los *realities* y los platós de televisión y en su réplica masiva, las redes sociales y las noches de los viernes o los sábados: con un arco más bien escaso de intereses, un bagaje vital y mental igualmente sumario y unas aspiraciones sin más horizonte que el presente inmediato y el brillo efímero. La relación con su padre, cuya explotación agropecuaria era lo que menos le interesaba en el mundo, eran entre pésimas e inexistentes. En cuanto a la madre, aunque quizá deba anotar que yo la conocí muy mermada por el dolor, me parecía una de esas personas que se dejan llevar sin más y con resignación por circunstancias que la superan. Así era en su matrimonio y así era en la relación con su hija.

Lo que antecede no me llevaba a discutirle a Tamara su atractivo, innegable. Era una chica agraciada, se cuidaba en todos los sentidos y poseía ese algo que hace saltar las palancas de muchos: no sólo un cuerpo joven y apetecible, sino una consciencia de sí misma y de su poder que le permitían, podía imaginarlo, mostrarse misteriosa y seductora, al menos para aquellos que no pusieran, ni al misterio ni a la seducción, un listón demasiado alto o una fecha de caducidad demasiado distante. En suma: entendía el éxito que tenía con los hombres, y que muy probablemente la había matado.

Lo más fácil era empezar por Aarón López, el perfil más obvio y más cercano de los tres que habían aparecido en nuestro radar. Lo hicimos sin muchas contemplaciones, de la manera que más pudiera sacudirle los cimientos. Chamorro y yo nos plantamos en el taller de maquinaria agrícola en el que trabajaba. Lo encontramos tiznado de grasa y enfundado en una camiseta de tirantes que dejaba bien a la vista aquel tatuaje tribal que debía de ser una de sus principales fuentes de orgullo. Cuando lo interpele, me miró como quien mira un vómito de perro, lo que me recordó levemente la primera reacción de Kevin Gamarra al presentarme ante él como el responsable de la investigación, pero supe bajarle de ahí con la exhibición de mi placa y estas palabras, cuidadosamente escogidas:

—Subteniente Bevilacqua, Guardia Civil. Mi compañera y yo tenemos que hacerle unas preguntas si puede dejar eso que está haciendo. Yo que usted lo dejaría. Es un asunto importante.

—Estoy en mi horario de trabajo —repuso, algo bravucón.

—Y yo, señor López. Investigo un asesinato. Y ha surgido su nombre.

Quizá le interese concederme unos minutos.

Lo vi palidecer debajo de la grasa. Instantes después estábamos hablando con él en la pequeña oficina que nos prestó el encargado, que desde que había oído la palabra «asesinato» miraba a Aarón como si tuviera los ojos de color añil y lo hubiera visto comer carne humana. Que no se hubiera puesto tan gallito, me absolví.

Una vez frente a frente, y según habíamos pactado mi compañera y yo, me quedé callado como un muerto, mientras clavaba mis ojos en él, enfrascado en la indisimulada disección de cada uno de sus gestos y ademanes. El interrogatorio lo llevó a cabo la sargento Chamorro, y no puede decirse que empezara nada bien para Aarón. Durante cinco deplorables minutos trató de hacernos creer que no conocía a Tamara ni entendía por qué estábamos hablando con él. Chamorro le dejó ponerse la soga al cuello y apretársela bien. Cuando lo tuvo pillado del todo, le pegó la patada al taburete arrojándole un fajo de folios impresos sobre la mesa. Aarón los contempló como si acabaran de poner ante sus ojos un gatito desollado.

—Tus fotos de Instagram con todos sus *likes*. Los mensajes que os mandasteis desde que te la ligaste en las fiestas de tu pueblo, aquella noche que no fue con su novio. Y más allá. ¿Seguimos?

—Eh, yo...

—Quiero decir si seguimos pero ahora diciendo la puta verdad, niñato, que tenemos una chica muerta y un huevo de tarea.

Chamorro sabía que por lo común yo no aprobaba el empleo de lenguaje malsonante o irrespetuoso con los ciudadanos. Pero también sabía hasta qué punto podía mermarle el ánimo a aquel tiarrón imberbe que una cuarentona cuajada como ella lo tratara como el bebé de teta que, por mucho bíceps que marcara, era para ella y para cualquier mujer con la mitad del camino recorrida. Admití que la ganancia podía justificar, excepcionalmente, la infracción.

—Está bien. ¿Qué saben? —preguntó Aarón, contrariado.

—¿Quieres también que te dé un masaje y que te lave el coche, capullo? —le soltó Chamorro—. Esto va al revés. Qué sabes tú.

Si no hubiera sabido sin sombra de duda que por dentro estaba tan fría como un glaciar, habría podido pensar que a Chamorro se le habían soltado los amarres, y me habría planteando entrar en escena para hacer de poli bueno. Pero sólo pude admirarme de cómo estaba demoliéndole las defensas, como una zapadora pertrechada con paquetes de explosivo que iba colocando en sus

puntos vitales. A esas alturas Aarón parecía a punto de suplicar que me la llevara de allí, que llamaran a su madre o que lo encerraran sin más.

—Vale, se lo contaré todo —se rindió.

—¿Ves? —dijo Chamorro—. Así estás mucho más guapo. Ya te he puesto un positivo. Ahora, por favor, sigue haciéndome feliz.

—Lo primero que quiero decir es que soy inocente. Es verdad que tenía un lío con ella, y ya sé que tendría que haberlo contado, para que no me pasara esto ahora, pero yo no le hice nada.

—Eso no lo vas a decidir tú, ni tampoco yo; hay un juez y habrá nueve ciudadanos a los que les carguen el marrón de sentenciarlo. Un papelón, lo mires como lo mires, pero es su problema, no el tuyo ni el mío. Tú nos cuentas y nosotros ya veremos si al final tenemos que sentarte ante ellos. Ahora desembucha. Sin callarte nada.

Y Aarón desembuchó, mientras yo no salía de mi asombro ante aquella versión *Harry el Sucio* de mi sargento, que tanto prometía.

5

Una gracia especial

Aarón no confesó ser el asesino de Tamara Serrano. Sucede muy rara vez, al menos en los casos para los que suelen llamarnos, que el villano se avenga a facilitar de esa forma nuestra tarea. Todos han visto películas y si tienen un poco de tiempo tratan de montarse una, confiando en la presunción de inocencia, la lentitud de la justicia, la pericia del abogado que les toque en suerte o su capacidad de impresionar o intimidar al jurado, cuando lo hay. En cuanto pudo rehacerse mínimamente de los mazazos de Chamorro, nuestro sospechoso se enrocó en una versión simple y escueta de su relación con Tamara: tras conocerse en las fiestas del pueblo y enrollarse esa primera vez, habían quedado varias veces para follar (palabra elegida por el deponente) a espaldas de su novio y de la novia de Aarón, que también la tenía. Para los dos representaba una variación apetecible, vino a darnos a entender: al sexo Tamara le ponía ganas e imaginación y, según le decía la chica, él también era más ardiente que su Kevin, al que quería de corazón pero que la tenía un poco aburrida en el asunto del intercambio carnal.

¿Que cuántas veces se habían visto? Ocho o diez. ¿Que si la había visto el día de su desaparición? Para nada. ¿Que cuánto hacía de la última vez que había estado con ella? Un par de semanas, lo menos. ¿Que si había tenido alguna comunicación con ella ese día o en los días inmediatamente anteriores? No que él recordara. Chamorro le advirtió entonces que podíamos comprobar las comunicaciones de la difunta (lo que sólo era verdad hasta cierto punto, ya que seguíamos sin tener su teléfono móvil) y las suyas (lo que también tenía alguna limitación que no compartimos con él). Ahí Aarón pareció dudar durante un instante, pero se mantuvo en su relato. Con lo que teníamos no

podíamos hacer mucho más. Le agradecí su colaboración y le pedí que estuviera disponible. Se avino a ello.

Entre tanto, Arnau había identificado al tercer hombre: Mariano Santibáñez Ledesma, cuarenta y ocho años, vecino de Cáceres, psiquiatra de profesión. He de decir que descubrir que se trataba de un profesional de la salud mental me sorprendió sólo hasta cierto punto: en mi condición de licenciado en Psicología me había preguntado más de una vez por qué entre los que cursamos esos estudios abundan de manera singularmente llamativa los tarados. Existen dos teorías principales: una dice que los que no tienen una relación muy pacífica con su mente suelen interesarse más por esas disciplinas; la otra, que la tarea de observar a otros lleva sin remedio a autoobservarse, actividad esta, como todas, saludable en dosis limitadas, pero que llevada al exceso puede contribuir al desarreglo mental. En todo caso, cuando nos presentamos ante él, Mariano Santibáñez, un hombre atildado y razonablemente en forma (pese al despectivo juicio de Kevin y sin llegar a los extremos del culturismo, aventajaba en prestancia física a muchos de su misma edad), demostró también un más que estimable control de sus emociones. Tuve la impresión de que esperaba aquella visita, y de que había perdido algún tiempo considerando cómo debía reaccionar ante nuestra presencia.

Por eso, y porque temía que a mí me estorbaran algunas de las paparruchas que me inculcaron en la facultad y que no he sido capaz de olvidar, una vez que estuvimos sentados frente a él le hice a Chamorro la seña convenida entre ambos para que fuera ella quien se encargara de desbrozar el previsible matorral de sus excusas. De entrada le hizo saber, aunque no por completo, los indicios con que contábamos y que nos llevaban a sostener, sin lugar a dudas, la existencia de una relación entre Tamara y él. Santibáñez encajó esta revelación con serenidad, asintiendo levemente y dejando caer los párpados de vez en cuando. Pese a su entereza, no dejé de notar que la situación lo incomodaba; no en vano era la inversa de la que solía vivir allí, donde iban otros a exponerle sus cuitas y miserias, y donde, en esta ocasión, eran las miserias del propio Santibáñez las que mi compañera estaba extendiendo fríamente sobre su mesa.

Una vez que vio definido ante sí el campo de juego, el psiquiatra aceptó que tenía el balón entre los pies y le tocaba intentar alguna clase de regate. Optó por comenzar dándonos detalles precisos; seguramente habría leído a Stendhal, y con ellos aspiraba a transmitir a los dos desconocidos que ya habían escarbado en su vida, y que podían hurgar más aún, la máxima

sensación de verdad.

—Es cierto —admitió—, su información es buena y sus suposiciones también. Conocía a Tamara. Teníamos una relación virtual, iniciada por puro pasatiempo para ambos, supongo, que en cierto momento dejó de serlo y se convirtió en física. Hará medio año, aproximadamente, que quedamos por primera vez, en Badajoz. Luego volvimos a encontrarnos otras tres veces: dos en Mérida y una aquí. Siempre en hoteles, puedo facilitarles los nombres, las fechas exactas, incluso conservo las facturas de todos.

—¿Ah, sí? —dijo Chamorro—. ¿Se las desgravó o algo así?

—Las de Mérida y Badajoz nada más—reconoció, ruborizándose ligeramente—. La de aquí no puedo, es mi ciudad de residencia y Hacienda me la podría discutir. Seguro que ya lo saben.

—No sé, yo no puedo desgravarme hoteles —dijo mi sargento—. En todo caso está bien disponer de la información. ¿De verdad no tiene ningún inconveniente en darnos las facturas?

—Ninguno. Ahora mismo le pido copia a mi secretaria.

—Y dígame, señor Santibáñez, ¿era consciente de que Tamara estaba desaparecida, y de la posterior aparición de su cadáver?

—Desde luego. Salió en los telediarios.

—¿Y no consideró la posibilidad de hablar con nosotros, antes de que viniéramos nosotros a hablar con usted?

—¿Con qué objeto? No puedo ofrecerles ninguna información útil para esclarecer el crimen. Todo lo que puedo decirles es cómo era Tamara, según mi apreciación y mi relación con ella.

—Eso nos interesa, por descontado. A fin de cuentas, es usted un hombre con mucha más experiencia de la vida de la que tenía ella, aparte de la que le aporta su cualificación profesional.

Santibáñez no ignoró la pulla que aquellas palabras encerraban.

—Tamara era una joven mayor de edad y con una sexualidad adulta que había empezado a desarrollar y tenía definida desde bastante antes de conocernos —explicó, solemne—. Nuestra relación fue libre, respetuosa y mutuamente satisfactoria. Entre otras cosas, porque yo no esperaba de ella lo que no me podía dar y porque Tamara era una chica muy generosa, agradable y en más de un sentido encantadora. Si es capaz de no malinterpretarlo, le diré que tenía una gracia especial, y sabía cómo hacer feliz y serlo ella misma. Es una verdadera pena que esté muerta no sólo por lo que yo he perdido, sino por lo que se ha perdido el mundo, que ella, no lo duden, hacía más bello y más

digno de ser habitado. Si me preguntan por qué pudo suceder, sólo puedo decirles que quizá era demasiado confiada, quizá no era del todo consciente de que hay gente con mala entraña y muchos menos recursos que ella. Algo sobre lo que traté de advertirla, pero se ve que no fui lo bastante eficaz.

—¿Cuándo se encontraron por última vez?

—Dos semanas antes de su desaparición.

—Y no volvió a verla.

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Lo comprobaremos.

—Compruébenlo. Y dígame, por favor, si hay algo más que yo pueda facilitarles para ayudarles en su investigación.

Lo vi en sus ojos, que no había dejado de escrutar un instante. Santibáñez se daba a sí mismo un notable alto. Como poco.

6

Unos cuantos polvos

Nos despedimos del psiquiatra Santibáñez con la sensación, al menos por mi parte, de haber sacado poco partido de la ventaja con que creíamos acudir a fisgar en su vida. A veces pasa que, donde uno cree tener un as, va y apenas tiene un cuatro. La existencia, también la del animal carroñero, a la que me abocaron mis pocas aptitudes para otras labores, es una partida de ajedrez: al otro lado de las negras siempre hay alguien que las mueve, y no puede descartarse que se haya aprendido las reglas del juego. A esas alturas teníamos tres sospechosos investigados y ninguno lo era más ni menos que los otros: Kevin aguardaba tras los barrotes por el solo hecho de ser el más visible de todos y por haber exhibido en público los modales intolerables hacia una mujer de los que eran capaces cientos de miles de hombres, aparte de él. Quizá su encierro les daba a los otros la confianza que de no existir él no tendrían.

Por un momento se me pasó por la cabeza la posibilidad de sugerirle a su señoría una puesta en libertad, para ver cómo reaccionaba Kevin y cómo reaccionaban los otros, pero antes de llegar ahí me quedaba una diligencia insoslayable, ir a Badajoz y tomarle el pulso al fotógrafo Cristóbal Sola, el autor de las fotos en las que la belleza de Tamara quedaría congelada para la posteridad de la que por obra y gracia de su asesino ya no iba a ser partícipe.

En esta ocasión me pareció que era más oportuno llevarme conmigo a Arnau. Tuve la intuición de que a Sola sería más práctico enfrentarlo a un hombre próximo a él en edad, y no a Chamorro, a quien veía algo mohína por el chasco que se había llevado con Santibáñez, y a quien tampoco quería dar pie a mostrarse más dura de la cuenta con el fotógrafo. Por otra parte, Arnau

ya acumulaba la experiencia necesaria para dejarle asumir aquel tipo de tareas, que me convenía que afrontara para instalarme yo una vez más en la cómoda posición del observador. No oculto que es la que mejor se acompasa a mi naturaleza, algo abúlica y tendente al descreer. Le pedí que me hiciera también de chófer y llegamos al estudio de Sola, situado en el casco antiguo, en la parte alta de la ciudad, a las cinco de una tarde de sol cegador, que abrasaba las ideas pero también inundaba de luz las callejas de aquello que había sido en tiempos una alcazaba moruna, y aún conservaba algo de ese aire.

Diría que el fotógrafo Sola, treintañero recién estrenado, barbado al estilo *hipster* para aparentar acaso más edad, y calculadamente vestido con uniforme de artista (vaqueros zarrapastrosos, camisilla sin cuello, chaleco inútil), fue el que menos aplomo mostró ante la siempre antipática visita benemérita. Reconozco que yo acentué un poco la cara de guardia civil que con el tiempo y no sin cierto esfuerzo he aprendido a poner, y que Arnau, deseoso de aprovechar la oportunidad para demostrar sus poderes, estuvo tan recio y tajante como nunca lo había visto anteriormente. Lo vi hacerse de pronto mayor ante mis ojos, lo que no dejaba de conmoverme: a aquel muchacho lo había criado a mis pechos, desde que un día me lo entregaran, atontado perdido y con demasiadas ganas de agradar, como becario a prueba en la unidad a la que pertenecíamos, y a la que ya antes de haber superado la oposición para ingresar en el Cuerpo aspiraba a incorporarse.

Empezó mi compañero por lo más inocuo, la relación profesional, digámoslo así, que existía entre Tamara y él, acreditada por las fotos de su autoría, que en ningún momento a Cristóbal Sola se le pasó por la cabeza negar. De ahí pasó a pedirle su impresión respecto de la chica, lo que sabía de ella, de su carácter, sus costumbres, su vida en resumen, y si había en ella algo, que él conociera, que la expusiera a andar en malas compañías. Llegado a ese punto, el brillo en los ojos de Sola lo delató: se fraguaba en su mente la esperanza de que no supiéramos nada de lo otro, de las veces que la modelo había acabado tumbada debajo de él en su estudio, y sólo hubiéramos ido a verlo en el marco de una exploración de rutina del entorno de la víctima, sin ninguna intención ni hipótesis particular. Arnau lo percibió también, y eligió ese instante para asestarle el machetazo:

—Me refiero, señor Sola, a si sabe usted de otras personas con las que tuviera la intimidad sexual que tenía con usted, o a las que compensara con ella, como hacía con usted, sus servicios.

Por un instante, pareció que a Cristóbal Sola le habían cortado la

corriente del cerebro. Hasta llegué a temer que se desplomara ante nosotros. Sin embargo, logró balbucear, trabajosamente:

—¿Han... han venido ustedes a... acusarme de algo?

Arnau puso cara de asombro.

—¿A acusarle? No, por Dios, qué cosas dice, si viniéramos a eso le habríamos dejado llamar a un abogado para que estuviera presente en esta conversación, ¿no es así, mi subteniente?

—De conformidad con la legislación vigente —corroboré.

—Ah, es que... Oiga, esa chica había cumplido los dieciocho, le hice las fotos que ella me pidió, y créame que hay mujeres de veintitantos mucho menos sueltas de lo que lo estaba ella. Yo sólo...

—¿Por qué se excusa? —lo atajó Arnau—. ¿Acaso hay algún motivo para cambiar el cariz de esta conversación? La manera en que se lo toma me hace pensar que tal vez sí que tengamos que continuar nuestra entrevista en la comandancia y en presencia del letrado que desee designar. ¿Usted qué dice, mi subteniente?

No terminaba de llenarme que pidiera una y otra vez mi apoyo, ya le regañaría luego por ello, pero no se lo regateé:

—Es una posibilidad que siempre cabe considerar.

Sola intervino entonces, completamente desenchajado:

—Miren, yo sólo soy culpable de haber echado unos cuantos polvos con una chica a la que le gustaban las fotos que le hacía y, hasta donde yo puedo decir y saber, también lo que hacíamos después de tomárselas. Ella vino aquí porque quiso, se desnudó porque quiso y luego pasó lo que pasó porque quiso también.

—Y porque quiso usted, señor Sola —añadió Arnau—. Y sin que nos conste si también lo quería su mujer. A lo mejor Tamara le dejó caer algo acerca de airear lo que ocurría aquí entre ambos.

—¿Qué dice usted? ¿Qué pruebas tiene de eso?

—Ninguna, imagino cosas, solamente. Tenemos que hacerlo, si no encontramos respuestas. No se ofenda, no es nada personal.

Sola abrió y cerró la boca un par de veces. Al fin pudo articular:

—Insisto, ¿han venido a acusarme de algo?

Arnau meneó la cabeza, comprensivo.

—No. Hemos venido a que nos explique por qué se ha callado la relación que tenía con una chica primero desaparecida y luego muerta. A que nos diga cuántas veces, cuándo, cómo y dónde se vio con ella. A saber la última vez

que estuvieron juntos y hasta dónde habían llegado en esa relación. Y dónde y con quién estaba usted el día que desapareció. Con tanto detalle como sea capaz de darnos. Si lo hace bien, puede que le dejemos en paz.

—¿Y si no?

—¿Conoce a algún abogado? —le pregunté, inmisericorde.

En ese preciso momento, inoportuno como siempre, sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla, dispuesto a dejar pasar la llamada, pero era Chamorro, y nada que mi sargento tuviera la necesidad de decirme, sabiendo como sabía en lo que estábamos Arnau y yo enfrascados, podía dejar de saberlo tan pronto como pudiera. Le pedí disculpas a Cristóbal Sola y me aparté a un rincón del estudio.

—Los resultados del laboratorio —me informó Chamorro, expeditiva—. Han encontrado en la ropa de Tamara restos de ADN de dos personas diferentes, aparte del de ella. Los dos hombres.

7

Un atajo

Por un lado, lo celebré: contar con una posible firma biológica del crimen incrementaba sensiblemente las probabilidades de volver a casa en los próximos días, y poder así disfrutar del paraíso terrenal, que como mucha gente ignora (incluidos no pocos de los allí empadronados) está en Madrid durante la segunda quincena de agosto. Por otro, me aguaba la fiesta: no disponer de un rastro material incontrovertible hacía más necesarios mi saber hacer, mi veteranía, mi perspicacia y mi profundo conocimiento de la naturaleza humana criminal, únicas bazas que podía hacer valer en un mundo por lo demás rendido sin remedio a la creciente tiranía del *trending topic*. Con aquellos dos perfiles genéticos, se abría un atajo para el que valía cualquiera: sólo hacía falta no meter demasiado la pata. Pese a todo, ninguna faena ha terminado hasta que las mulas se llevan a rastras al toro. No quedaba otra que templar hasta el final.

El que teníamos más a mano era Kevin, para eso estaba alojado por cuenta del Estado en la prisión provincial, así que lo pusimos el primero de la lista. Con un mandamiento judicial en la mano nos personamos en el centro penitenciario para rogarle que nos entregara una muestra de saliva, a fin de acceder a la particular cadena de aminoácidos que determinaba su individualidad. No puedo decir que recibiera la noticia con demasiado agrado.

—¿Y eso?

—Rutina —le dije—. Y bueno, que hemos encontrado algún rastro en el cuerpo de Tamara. Quien se deshizo de él no fue lo bastante exhaustivo. La próxima vez, si fue usted, conviene quemarlo.

Kevin me miró con ira.

—No fui yo. Y eso que acaba de decir es...

—Tiene razón, no debí. Mis disculpas. ¿Se presta a la prueba?

—No tengo otra, me parece. Y ya le aviso que es muy probable que haya algo mío. Esa tarde habíamos follado. Sin condón.

—Bien, lo tendremos en cuenta. Si es tan amable...

Lo fue, aunque no dejó de mirarme con un odio frío mientras se prestaba a pasarse el hisopo por la cavidad bucal. Los días de encierro lo habían transformado: lo vi más consciente, paradójicamente más fuerte. Antes de despedirnos, me dijo, o exigió:

—Haga bien su trabajo. Mi libertad depende de usted.

Fuimos luego hasta Cáceres. Para no tener que viajar dos veces, también nos llevamos un mandamiento judicial, obtenido no sin alguna reserva de la juez encargada del caso (no había ningún indicio claramente incriminatorio contra Santibáñez). En todo caso, no nos hizo falta. El psiquiatra pidió el hisopo y se lo pasó por la boca como si quisiera secársela con él. Luego me lo tendió y dijo:

—Celebro que tengan ADN. No va a ser el mío, y así me pueden descartar de esta historia en la que me ha metido la fatalidad.

—Y sus decisiones, doctor. Y sus decisiones —le recordé.

Debía de ser secuaz de Jung, porque no le gustó nada oírlo.

A la vuelta de Cáceres tiramos para Badajoz capital. Habíamos confirmado antes por teléfono que Cristóbal Sola se encontraba en su estudio. Nos recibió como si en vez de ser los dignos y pulcros representantes de un Estado de derecho con todas las garantías fuéramos los miembros de un *Einsatzgruppe* y él un judío ucraniano. Demudado, temblaba de pies a cabeza cuando abrió la puerta.

Le expliqué en pocas palabras a qué íbamos y también le permití saber por qué: me interesaba ver cómo lo recibía. Suspiró.

—Gracias a Dios —dijo—. No sabe usted la alegría que me da. Voy a poder salir de esta pesadilla. ¿Cómo tengo que hacerlo?

—¿No tiene objeción?

—Si pudiera darle mi perfil genético ahora mismo, hasta lo pagaba yo y les ahorrraba el gasto. Les dije la verdad. Sólo me acosté tres o cuatro veces con esa chica, y ese día no estuve con ella.

Crucé una mirada con Arnau.

—Bien —dije—. Cabo, indíquele lo que tiene que hacer.

Viendo cómo pintaba la cosa, le cedí a la sargento Chamorro el honor de reclamarle a Aarón López la puesta a disposición de la justicia de la secuencia genética que lo condenaba, aunque sólo en parte, a ser quien era. Esta vez fuimos sin mandato judicial, con una simple hoja de consentimiento informado, para darle más emoción al asunto. Aarón tardó en entender lo que le estábamos pidiendo. A Chamorro no le importó explicárselo con detenimiento:

—Lo que le estoy diciendo es que hemos encontrado en el cadáver rastros biológicos de un varón. Y como nos consta que tenía usted una relación con ella, queremos comprobar si son suyos.

—No estoy obligado a darles nada sin la orden de un juez.

Chamorro lo observó con ternura.

—Alégame el día, Aarón —le dijo—. Niégate.

—¿Cómo dice?

—Que te niegues, que nos hagas ir a pedirle a la juez que te arranquemos el ADN por la fuerza, con dos tipos sujetándote.

—No tiene derecho a...

—Así que te niegas. Estupendo.

Y guardó la hoja, después de doblarla, en su bolso-mochila.

—El subteniente y yo nos vamos ahora a ver a la juez. Volveremos en un rato con una orden judicial. Si quieres seguir alegrándome el día, aprovecha este rato para escapar. Con cuidado, sin tarjeta de crédito, sin móvil. Hay una cosa que se llama la Interpol que te pondrá antes o después en nuestras manos. Mira cómo le fue a aquel que quiso esconderse en Rumanía. No sé si llegaste a ver por la tele las imágenes, con dos polis rumanos bien chungos vigilándolo.

—No tienen...

—Tenemos tanto que me está costando entender cómo alguien puede tener tan pocas luces como para no confesar y pedir perdón ahora mismo. O qué sé yo, invéntate algo. Pinta fatal para ti.

Aarón no sabía cómo reaccionar. Si salir corriendo. Si pegarnos. Si atender la invitación que Chamorro le acababa de hacer.

—Está bien, tienes tiempo para pensarlo —le dijo—. Nos vamos a por esa orden judicial. Piensa cómo vas a querer hacerlo, esperándonos aquí o con la orden de busca y captura. A nosotros nos vale de cualquiera de las dos maneras. No tenemos manías.

Aarón hizo algo difícil de comprender. Nos esperó. Se avino a dejarnos su saliva, ante la exhibición de la orden judicial que se lo imponía, y esperó

pacientemente a que los análisis confirmaran que el ADN era suyo. Toda la precaución que tomó fue deshacerse de la navaja que tenía guardada, cuyo aspecto y longitud pudimos no obstante reconstruir gracias a un par de testigos que le habían visto sacarla alguna vez y que no apareció en el registro de su casa. Un nuevo llamamiento a la población nos permitió dar con testigos que lo habían visto con Tamara en la noche de autos, después de que la dejara Kevin. No la llamó él a ella, ni ella a él: coincidieron en el pub al que ella fue a pensar, mientras bailaba, sobre lo ocurrido con Kevin. Luego se marcharon juntos y —según nos contó Aarón, cuando al fin entendió en qué lío estaba metido— en medio de la cosa él dio un gatillazo, ella se rio y a él, que según dijo estaba demasiado pasado de coca aquella noche, «se le fue la olla». Una historia sin el menor sentido, como tantas otras de las que acaban mal.

Me tomé la molestia de ir yo mismo a comunicarle a Kevin, en la cárcel, que habíamos dado con el verdadero culpable y que la juez iba a ordenar su inmediata puesta en libertad. Le ofrecí mis excusas, le pedí que me entendiera: no suena demasiado creíble a primera vista que una chica tenga cuatro novios. Kevin se apiadó de mí:

—Eso era antes, subteniente. Eso era antes.

Illescas, 10-13 de agosto de 2017

La hija
única

1

El peor escenario

Para quien investiga homicidios, quizá no haya peor escenario que tener que vérselas con la madre de una niña de corta edad poco después de que la criatura aparezca asesinada y cuando aún no tienes nada que puedas decirle no ya para consolarla, sino simplemente para mitigarle en algo la impotencia y el dolor. Como lo malo siempre es susceptible de empeorar, puede suceder además que la niña fuera hija única, es decir, que te toque tratar de sacar algo de una persona recién despojada del afán medular de su existencia. Ese era el regalo que me había hecho, en ausencia de mi jefe directo, de vacaciones por aquellos días, un hombre al que apenas conocía y que llevaba un mes al mando de la unidad central. Se apellidaba Hermoso, era coronel y procedía de la lucha antiterrorista. Su gente hablaba bien de él, pero todavía no estaba muy familiarizado con el tipo de tarea que me estaba encargando. Al menos, tuvo la prudencia de no aleccionarme sobre lo que debía hacer. Eso no le impidió, para eso era el jefe, instruirme sobre lo que se esperaba de mí:

—Por las llamadas que he recibido desde primera hora de hoy, tan pronto como se ha sabido que nos hacemos cargo del asunto, esto va a ser un sinvivir hasta que caiga el que lo hizo. He preguntado quién es el más indicado, de la gente que tenemos disponible ahora, y me han dado su nombre. Llévase a quien necesite. No le pido que se apure, ya asumo que tardará lo que tenga que tardar, pero sí que haga notar que el caso está atendido en todo momento.

—Así se hará, mi coronel —dije, sin permitirme entrar en mayores disquisiciones: mi larga experiencia como subordinado me ayuda a saber que el mando, sobre todo si está alejado en la cadena y trata con uno por accidente, suele preferir el acatamiento al debate.

—Apúntese mi número —me dijo—. Si cree usted que debo saber algo o puedo ser de alguna ayuda, utilícelo, sin protocolos.

Éramos de la misma edad, y por tanto acumulábamos ya una similar desconfianza de la vida y de los semejantes. Pese a ella, me pareció que lo decía de verdad; que ponía en la mirada, para que yo pudiera creerle, el calor que en la de otros tendía a escasear.

En cualquier caso, el coronel no estaba para apoyarme cuando acompañado de la sargento Chamorro, que tampoco solía tomarse vacaciones en agosto, y la guardia Lucía, que era la más nueva y no podía elegir turno, me presenté en el apartamento que hasta el final de aquella quincena tenía alquilado Christine García Howard. Así era como se llamaba la madre que acababa de perder a su pequeña, Ada Christie García, de tan sólo cinco años. Venía con nosotros, para hacernos de introductor, el brigada Cereceda, comandante del puesto local. Él había atendido a la mujer desde la noche que presentó la denuncia por desaparición de su hija hasta la mañana siguiente en que unos bañistas alertaron de la presencia del cadáver, momento en que las diligencias pasaron a la unidad de policía judicial de Almería. Pese a ello, y a petición del capitán que la mandaba, el brigada había permanecido a cargo de la interlocución con la mujer, y no me costó entenderlo ni reconocer el buen criterio del capitán. Cereceda era un guardia civil veterano, flemático, con mano izquierda; Christine, una persona de estabilidad precaria, en absoluto favorecida por la presencia de su novio, un ciudadano británico llamado Mark Crane, que había viajado a toda prisa la víspera desde Birmingham, donde tanto Christine como la niña tenían su domicilio habitual. Los dos miembros de la pareja pasaban apenas de la treintena. Christine, de padre español y madre británica, tenía pasaporte español y se había criado en España. La crisis la había empujado a emigrar años atrás al país de su madre, cuya lengua hablaba con fluidez y donde, como tantos otros expatriados, se ganaba la vida en la hostelería.

Celebré tener a mi lado al brigada, porque los quinientos y pico kilómetros de carretera, recorridos para variar del tirón, me tenían un poco aturdido, aunque hubiera sido Chamorro, nuestra más diestra y fiable conductora, la encargada del pilotaje. También me afectaba el calor, que en aquella tarde aplastada por el sol caía como plomo derretido sobre las calles del pueblo. Por esa y otras razones preferí que el repaso de los hechos lo hiciera Christine de la mano de Cereceda: con él había hablado la madre aquella noche, por lo que podía servirnos para contrastar la coherencia y la

integridad de su declaración. Por lo demás, el hábil manejo del material humano que acreditaba mi compañero hizo el trago menos incómodo para todos. No habría sido la primera vez que alguien me mandaba a freír espárragos por volver a hacerle contar lo que ya había contado.

A grandes rasgos, lo que la madre refería —según el brigada, con plena consistencia respecto de su primera declaración— era que alrededor de las dos de la madrugada, cuando entró en la habitación en la que había dejado durmiendo a la niña, un par de horas antes, vio que la cama estaba vacía. Según aseguraba, estuvo fuera alrededor de una hora, tomando el poco fresco nocturno junto a la piscina del complejo de apartamentos, a unos treinta metros del que ocupaba con Ada. Admitía que no había cerrado la puerta del apartamento con llave (estaba al lado, se justificaba) y que la niña era capaz de abrirla por sí sola desde dentro. También que cualquiera que hubiera querido abrirla desde fuera habría podido hacerlo sin dificultad. Los apartamentos no contaban con unas medidas de seguridad excesivas y la mayoría estaban ocupados por turistas de paso, algunos en estancias breves de dos o tres noches. En suma, había un ir y venir de gente casi continuo, y no podía decir que nada le hubiera llamado la atención. Ninguna persona, ni en general ni merodeando en las inmediaciones del apartamento donde se alojaba con Ada.

Tras percatarse de la desaparición de la niña, primero buscó en el edificio de apartamentos y sus zonas comunes, con ayuda de los residentes que se ofrecieron. Luego lo hizo por la playa, distante apenas unos pasos, y el paseo marítimo, que comenzaba unos doscientos metros más allá. Alguien, al ver el cariz alarmante que tomaba la infructuosa búsqueda, alertó a la Guardia Civil, ante la que denunció Christine la desaparición hacia las cuatro de la madrugada. Ahí fue donde me pregunté, y cometí el error de preguntarle a ella:

—¿No pensó usted en dar aviso lo antes posible?

Christine, los ojos rojos de llorar, me observó con poca simpatía.

—Lo siento, pero en ese momento no podía pensar nada más que en levantar cada piedra de este puto pueblo, subteniente.

—Me hago cargo. Disculpe.

La madre tenía poco más que contar. Que no le constaba que nadie tuviera nada contra ella, por lo menos no para secuestrarle a la hija. Que no tenía sospechas concretas de nadie, ni vio nada ni a nadie raro, ya le habría gustado verlo venir. Mark Crane, el novio, un individuo de aire comedido, pero poco cordial, le daba la mano y le acariciaba el brazo, asintiendo a cuanto decía.

Luego me enteré de que llevaban juntos poco más de seis meses y de que no hablaba nada de español.

Antes de que nos fuéramos, no sin agradecerle a la madre que hubiera hecho el esfuerzo de atendernos, Christine se me encaró:

—Ya les he dicho todo lo que puedo decirles, no sé cuántas veces, y ya he perdido la cuenta de cuántos me han interrogado, pero ustedes todavía no me han dicho nada de nada. ¿Están haciendo algo? Qué sé yo, han pedido las grabaciones de las cámaras, han analizado las huellas que tomaron, ¿hay algo que puedan contarme?

Inspiré hondo, pensé rápido y hablé despacio:

—Todo eso y más, pero por desgracia no podemos contarle, aún. Cuando sepamos. No queremos empeorar lo que tiene encima.

Soltó un resoplido. Sentí que había saltado por muy poco la valla.

2

Porque está limpio

El siguiente paso era obligado y no hubimos de pensarlo mucho. En la playa nos esperaba una zodiac del Servicio Marítimo que nos llevó hasta la pequeña isla que se recortaba apenas sobre el horizonte marino, frente al pueblo. Durante la breve travesía, poco más de cuatrocientos metros, el brigada Cereceda nos dio más detalles del lugar:

—Aquí se acerca poca gente, buceadores sobre todo. Los fondos dicen que están bien, yo no practico. Parece que debajo hay un volcán. Y hasta tiene su historia cinematográfica. En una película que rodó aquí Orson Welles fue nada más y nada menos que *La isla del tesoro*.

—¿La isla del tesoro? —se sorprendió Chamorro—. ¿La de la novela de Stevenson? Pero si eso es poco más que un pedrusco.

—Y qué más da. En el cine todo es mentira —dijo el brigada, con una sorna que parecía extenderse a algo más que el cine.

—No sabía la historia, pero la que sí recuerdo bien, de otra película, es esa montaña de allá —les dije a mis compañeras, señalando hacia la que cerraba la playa a mi izquierda—. ¿No os suena?

Las dos la miraron, sin reconocerla.

—Ponedle delante a Lawrence de Arabia, es decir, a Peter O'Toole, con su camello mojando las pezuñas en el agua de la playa —sugerí.

—¿De verdad? —dijo Chamorro, y al ver que la guardia Lucía seguía perdida pensé que era demasiado joven para que le sonara la historia.

—La misma —corroboró el brigada—. Y en la playa de al lado, la del hotel maldito, fue donde construyeron Ákaba para la película.

—Vaya, no lo sabía.

—Todo mentira, ya te digo —insistió Cereceda.

—Es una pena que la película de terror que nos ocupa sea verdadera —observé, mientras el piloto de la zodiac maniobraba ya para atracar junto a la orilla—. ¿Por qué la complicación de traerla aquí?

—Complicación relativa, mi subteniente —dijo el brigada—. No está lejos y de noche no viene nadie, así que nadie mira y nadie ve.

—¿Crees que este es también el lugar del crimen?

—Eso ya no tengo ningún motivo para afirmarlo. Es un buen lugar para dejar el cuerpo sin testigos. No tan bueno como para impedir que lo encuentren: el que lo hizo tuvo que contar con que al día siguiente alguien daría con él sin tardar mucho. Pero si lo que buscaba era tiempo para escabullirse, dispuso cómodamente de unas cuantas horas.

—No nos quites la ilusión tan pronto, mi brigada —dijo Chamorro—. ¿Insinúas que el pájaro que buscamos ha volado ya?

—Si yo fuera él y pudiera, habría volado. Y la probabilidad de que sea alguien que no vive aquí, en esta época del año, es mucho mayor que la contraria. Siento ser así de agorero, pero es lo que hay.

Desembarcamos en la isla, árida e inhóspita además de minúscula. Cereceda nos guio hasta el hueco, apenas escondido, donde había aparecido el cadáver. Seguían allí las marcas de los de Criminalística.

—La dejó ahí acurrucada. Vista desde lejos, parecía como si estuviera dormida. Hasta tenía los ojos cerrados.

—¿Los ojos cerrados? —preguntó Chamorro.

Cereceda le dirigió una mirada cómplice.

—Cerrados, sí. Y supongo que piensas lo que yo. Quien lo hizo era un depredador sólo hasta cierto punto. Por la manera en que la mató, por asfixia, los ojos debieron quedársele abiertos, y fue él quien se los cerró. Un remordimiento, una vacilación. No era un *Terminator*.

—Eso no pasa de ser una suposición —cuestioné—. Tal vez le gustó más, por otro motivo, no dejarla con esa mirada vacía. Asfixiar a una niña de cinco años y dejarla tirada en un islote ya representa para mí un grado de crueldad suficiente. No le pido que haga más méritos.

—¿Y por qué sólo asfixiarla? —intervino Lucía.

Me asombró la irrupción de mi subordinada más joven, por lo común más proclive a escuchar a sus superiores que a meter baza.

—¿Te parece poco? —le dije.

—Quiero decir, al menos que sepamos por ahora, no hay en el cuerpo

más señales de violencia, ni tampoco de abusos...

—Espera a la autopsia —terció Chamorro.

—En una niña tan pequeña, saltaría a la vista.

—Espera a la autopsia igual —insistió la sargento.

—A lo que voy —porfió Lucía—. Supongamos que no aparece nada. ¿Qué sentido tiene secuestrar a una niña de cinco años, asfixiarla y traer el cadáver hasta aquí? O traerla y asfixiarla aquí, igual me da.

—Interesante pregunta —admití—. ¿Qué sugieres?

—Algún tipo de venganza. Contra la madre. Por qué, ya no sé.

—No es mala conjetura, Lu. Imagino que, dejando aparte al flamante padrastro Mark, la niña tendría o habría tenido alguna vez un padre.

—Desde luego —dijo Cereceda.

—¿Qué sabemos de él?

El brigada hizo una pausa, como si dudara. Pero lo tenía fichado:

—John Christie. Vecino de Birmingham. En trámite de localización.

—¿Y eso?

—La madre nos dio un número de teléfono, que llevamos marcando desde hace más de veinticuatro horas, porque ella dice que no quiere hablar con él. A veces da señal, pero no nos lo ha cogido nadie.

—Un detalle que no deja de tener su interés. Quizá, mi sargento —me volví a Chamorro—, sería cosa de ir llamando a Madrid para que nos hagan una gestión vía Interpol con la policía de Birmingham.

—Parece más que razonable.

—Pues no lo demoremos más.

Chamorro se apartó unos pasos, mientras marcaba en su móvil. Con los demás, reconocí el terreno. El lugar donde había aparecido el cadáver estaba cerca de uno de los mejores puntos de atraque de la isla. Quien lo había hecho no parecía haber improvisado. El terreno era duro y no habíamos podido recoger huella alguna. Por ese lado también daba la impresión de que el autor se había cuidado de procurarse una ventaja contra nosotros. Por no hablar de los cuatrocientos metros de agua que borraban el rastro de ida y también el de vuelta. Con paciencia y un motor, o buenos brazos para darles a los remos, podía haber salido de cualquier punto de la costa y haber regresado a cualquier otro.

—¿Cómo lo ves? —me preguntó Cereceda.

—Gris oscuro, pero aquí estamos, así que habrá que jugar las cartas que nos dan. Imagino que habéis pedido las grabaciones de todas las cámaras

próximas al edificio de apartamentos y a la línea de costa.

El brigada asintió, solvente.

—Pedidas están, y ya tenemos a nuestra gente mirándolas. Tampoco creas que son tantas. Hemos solicitado además la colaboración ciudadana: eso incluye las fotos y las grabaciones de móviles hechas anteanoche por la zona, amén de testigos que hubieran podido ver a alguien llevándose a la niña viva, o cargando algún bulto que por el tamaño pudiera corresponderse con su cuerpo, en dirección a la playa.

—¿Y?

—Media docena de llamadas. Demasiado imprecisas.

—Pues vamos bien. ¿Volvemos a la orilla?

Esa misma tarde, mientras mi equipo se hacía cargo de todo el material que habían ido reuniendo nuestros compañeros, le pedí a Chamorro las llaves del coche y me acerqué a la cercana playa del Algarrobico, donde David Lean había emplazado una Ákaba que era mucho más real y significativa para mí que la verdadera, convertida por el tiempo en una ciudad de veraneo junto al mar Rojo. La misma playa donde unos desaprensivos habían encajonado en una montaña una mole de hormigón que pretendía ser un hotel y que, tras un interminable rosario de litigios, era ahora una ruina mastodónica que resultaba demasiado costoso reducir a escombros. Allí, en la playa que poco a poco se fue quedando sin gente, dejé que me atardeciera, mientras pensaba en lo que tenía que guardar dentro una persona para ser capaz de asfixiar a una niña indefensa. Y, una vez más, volví a coincidir con el Lawrence de la película en su querencia por el desierto. Entendí, también, la razón que da cuando los beduinos, atónitos, le preguntan por qué le gusta ese paisaje que ellos tanto sufren y detestan: «Porque está limpio».

3

Tantos lobos

No fue nada fácil encontrar un lugar donde dormir aquella noche. Era temporada alta y todos los hoteles, apartamentos y similares estaban a reventar. Después de años de escasez y malos números, la única gran locomotora del país, el cordón casi continuo de chiringuitos, bares y garitos que alicataba la costa de punta a punta, con su oferta ilimitada de sol y alcohol barato para norteños melancólicos y sus plazas hoteleras asociadas, volvía a funcionar a pleno rendimiento. Incluso pulverizaba récords, gracias a que la competencia, la orilla meridional del Mediterráneo, estaba enfrascada en un proceso de autodestrucción con creciente protagonismo de unos tipos barbudos que prohibían emborracharse.

Al final, ventajas de estar en una zona que no era de las más trilladas por el turismo de garrafón, acabamos recalando en un hotel rural, a unos veinte kilómetros del mar. Era por lo demás un sitio agradable, y el personal, de lo más atento. Como además se encontraba alejado de cualquier núcleo de población, la contaminación lumínica era mínima y Chamorro salió a darnos una clase de astronomía a ojo desnudo que aprovechó más Lucía que yo. También la pillaba más de nuevas.

—Y aquello es Saturno. Lástima no haberme traído algo. Con sólo un telescopio sencillito te podría enseñar los anillos sin problema.

—Hay fotos en colores en internet —dije, por jorobar.

—Que no sabes si son reales o si alguien las ha hecho por ordenador para engañarte —me objetó—. Ahí arriba está sin trampa ni cartón.

—También es verdad —acepté, algo avergonzado por ofrecerle a mi sargento tan excelente oportunidad de recordarme la brecha que mediaba entre

las apariencias de las que tan dadivosamente nos proveían y la realidad que nos escamoteaban, para mejor dirigirnos y esquilarnos.

—Hablando de todo un poco —dijo mi compañera—, ¿tienes alguna teoría sobre el perfil de nuestro malo y sus posibles motivos?

Aproveché, para desquitarme, esa deliciosa ventaja que proporciona la jerarquía, poder devolverle al subordinado su propia pregunta:

—¿La tienes tú?

—Ninguna en absoluto —declaró—. Y tampoco me obsesiona tenerla. Casi prefiero que nos vaya sorprendiendo lo que averigüemos.

—¿Y eso?

—No lo puedo evitar. Me pasa cada vez que nos ponen en las manos una Caperucita muerta. De cinco, de diez o de dieciocho años, la edad es lo de menos. ¿Quién lo hizo, por qué y para qué? Ya no quiero ni imaginarlo; en el fondo, si lo piensas, es perder el tiempo. Hay tantos lobos hambrientos en el bosque, con tanta hambre de tantas mierdas, y a la hora de la verdad somos tan pocos para ponérselo difícil...

Me sorprendió, en ella, aquel desahogo tan amargo.

—Menudo pesimismo, Virgi. Ni que fueras yo.

Se encogió de hombros, sin dejar de mirar al firmamento.

—Todo se contagia, menos la hermosura.

Dormí como suelo después de darme una paliza de carretera: como un tronco, hasta el punto de que cuando mi móvil me despertó, con los acordes del primer movimiento de la novena de Bruckner (que tiene la virtud de hacer que todas las mañanas se presenten misteriosas), tardé unos segundos en recordar dónde y en qué me encontraba: en Almería, tratando de hacerle imposible justicia a una niña muerta, y de poner a un desalmado a lamentar, en lo posible, su fechoría abominable.

En el puesto nos recibió el brigada, con ese buen humor sereno y firme de los hombres que ya han comprendido que la vida es una catástrofe de la que apenas puede salvarse un par de muebles. Tenía además novedades para nosotros. Me tendió unos folios y me avanzó:

—La autopsia. Causa de la muerte, asfixia, posiblemente producida por obstrucción de las vías respiratorias con una barrera física de tamaño suficiente, cosa sencilla en este caso. Nada más. Ni una magulladura. Y ni rastro de agresión sexual. Buscamos a un hijo de puta asesino sin más, no a un hijo de puta asesino pervertido y nauseabundo.

—Tampoco eso lo mejora mucho —opinó Chamorro.

—Por eso lo describo así.

—¿Algún testigo nuevo? —le consulté al brigada.

—Varios. Hemos descartado a todos con sólo un par de preguntas: la niña que describen junto a un adulto sospechoso era más grande que Ada. Para los cinco años que tenía, estaba muy por debajo de su peso. Según la madre, por culpa de las secuelas de un parto prematuro.

—¿Y las cámaras?

—Las que tenemos dan, cómo no, a los lugares más concurridos. Hay que observar en medio de la gente, y hay niños pequeños a patadas.

—¿De madrugada? —se sorprendió Chamorro.

—Es verano, compañera. De todos modos, no sé si servirá para algo.

—¿Por? —le pregunté.

—Imagina que llevas una niña muerta, o una niña secuestrada, igual me da. ¿No crees que rehuirías las zonas más iluminadas y con más gente? Hay varios tramos de la playa envueltos en una oscuridad casi completa, en los que ni aun con cámaras podríamos ver nada.

—Lucía —me dirigí entonces a mi joven guardia—. Ponte a mirar esas grabaciones con los compañeros. Rastréalas como si te fuera la vida en ello, hasta que encuentres algo sospechoso. Lo que sea.

—A la orden —dijo, y salió como una exhalación.

—Y tú y yo, ¿qué hacemos para que no se diga que nos hemos venido de vacaciones al cabo de Gata? —me preguntó Chamorro.

—Sólo tenemos, de momento, dos telas que cortar: los apartamentos y la madre —recapitulé.

—Me pido los apartamentos.

—No. Te vienes conmigo a las dos cosas. ¿Tenemos una lista de la gente que estaba alojada en los apartamentos esa noche?

—Tenemos algo más —dijo Cereceda—. La lista y la filiación de todas las personas que estaban allí, con toma de manifestaciones incluida. Ni uno solo dijo ver nada que le hubiera resultado extraño. Por la hora a la que se la llevaron, por otra parte, eran pocos los que estaban fuera de su apartamento, y los que habían salido tampoco andaban por las zonas comunes del edificio, sino en el paseo marítimo, tomando algo.

—¿Alguno que se haya ido o que se fuera a ir?

—Esta mañana dejaban cinco apartamentos. Como ya los teníamos identificados, no se lo hemos impedido.

—¿El edificio tiene un administrador o similar?

—La empresa que explota los apartamentos de alquiler del edificio tiene una comercial y un gerente. Sólo van por allí si hay algún problema, para recibir a los huéspedes y para recogerles las llaves cuando se marchan. Esa noche, dicen, no fueron hasta que desapareció la niña.

—¿Tenemos sus teléfonos?

—De ambos.

—¿Se los das a la sargento?

—Cómo no.

Perdimos deplorablemente la mañana, preguntando por nuestro caso a gente que, o bien no quería, o bien no podía aportarnos ninguna pista útil para orientar la investigación. Este resumen valía para el gerente y la comercial de la empresa que alquilaba los apartamentos, y también para los clientes alojados a los que fuimos cazando a lazo por el edificio. Todos ellos se remitieron a lo que ya les habían contado a nuestros compañeros; dicho de otro modo: nada que pudiera servirnos. Alguno parecía escamado; varios dejaron ver que les estábamos fastidiando las vacaciones; otros fueron muy amables y solícitos pero sus testimonios nos resultaron igualmente estériles. Aunque le pusimos a la tarea toda nuestra perspicacia y toda nuestra habilidad como interrogadores, después de cinco horas de pesquisa no obtuvimos nada aprovechable: ninguna contradicción, ningún detalle equívoco, nada de nada. A eso de las dos, creí llegado el momento de admitir nuestra derrota.

—Vamos a recoger a Lucía y a comer algo, para reponer fuerzas —le dije a Chamorro—. Y esta tarde le damos otra vuelta a la madre.

—¿Estás seguro?

—No —le reconocí—. Pero no tenemos otra.

4

Nada que hablar

En aquella segunda conversación, sin el amortiguador que nos proporcionaba la presencia del brigada Cereceda, y con la impaciencia suplementaria que le habían creado las veinticuatro horas transcurridas, el trato de Christine fue todavía más escarpado que en nuestro primer encuentro. Aunque traté de disculparme y justificarme de todas las maneras posibles, a fin de que se aviniera a someterse a una segunda ronda de preguntas con nosotros, la sexta o la séptima desde la desaparición de su hija, no me perdonó que acudiera de nuevo a ella no para proporcionarle respuestas, sino para pedírselas. Se olió además que lo hacía porque no teníamos nada, porque andábamos aún dando palos de ciego y estábamos muy lejos de ver un hilo de donde tirar. No se privó de afearnos nuestra ineficacia. Tan acremente lo hizo que al cabo de varios minutos de reprimenda no me pude contener y me permití dos acciones indebidas: pensar en voz alta y darle al familiar de una víctima información concreta sobre nuestras herramientas de investigación.

—Se lo voy a explicar en la esperanza de que lo entienda usted, y sobre todo entienda que lo único que nos mueve es dar con el sujeto que se llevó a su hija —le dije—. Vamos a abrir todas las vías posibles, ya lo estamos haciendo, pero si es necesario abriremos más: preguntaremos en todos los lugares donde se alquilan barcas, miraremos los antecedentes penales de todas las personas que se alojaban en los apartamentos, haremos la lista de todos los vehículos que registraron las cámaras accediendo a la zona, buscaremos todos los teléfonos móviles que estaban enganchados a las antenas del pueblo y veremos si alguno se desplazó hasta la isla de madrugada. Si hace falta, miraremos titular por titular, tanto de esos coches como de esos teléfonos, por

si alguno tiene, aquí o en Estambul, un historial que lo haga sospechoso. No ahorraremos esfuerzos, pero todas esas vías son laboriosas, llevan mucho tiempo y no nos darán frutos a corto plazo. Por eso es muy importante centrarnos en lo más inmediato, en cualquier detalle concreto al que nos podamos agarrar para actuar ahora, en caliente, que es cuando más posibilidades hay de resolver las cosas. Lo otro sólo dará resultados en frío: muy bien podría llevarnos meses. Por eso nos vemos la sargento y yo en la necesidad de hacerle pasar el trago otra vez. No es por gusto, se lo aseguro.

Mi alegato, del que me arrepentí apenas lo hube concluido, y más aún al reparar en el gesto entre incrédulo y recriminatorio de mi compañera, obró el inesperado efecto de amansar a su destinataria. Cruzó una mirada con su novio Mark, que la correspondió con la perplejidad perfecta del que escucha a otro perorar en lengua incógnita. Después ella bajó los ojos, que aún seguían enrojecidos, y murmuró, dócil:

—Está bien. Usted dirá. Yo ya no sé qué más puedo contarles.

Aunque parecía de veras aplacada, me acerqué con toda la cautela. Tras unos cuantos circunloquios, y luego de sondearla sobre cuestiones marginales, me decidí a abordar las que de veras me interesaban.

—Hay una posibilidad que tenemos que contemplar, pero que me gustaría contrastar con usted —dije—. Por el carácter de su hija, ¿cree posible que fuera ella quien abandonara el apartamento y que, al verse perdida, se dirigiera hacia la calle, donde pudo encontrarla quien...?

—Me parece muy improbable, sinceramente —me interrumpió—. Si Ada se hubiera despertado, habría llorado al verse sola, y yo la habría oído. Estaba lo bastante cerca y había el suficiente silencio.

—¿Fue todo bien entre ustedes ese día?

Christine dio un respingo.

—¿Qué quiere decir?

—No sé, por ejemplo, si se portó mal y usted la regañó. Es decir, si la niña podía estar enfadada y haberse escapado, en una rabieta.

—No pasó nada de eso, al contrario. Ada era una niña muy dulce. A veces se encaprichaba de algo, como cualquier cría, pero...

Al llegar aquí, la voz de Christine se quebró. Mark, solícito, se apresuró a consolarla y me dirigió una mirada flamígera. Comprendí que no entendía nada, pero me hizo sentir como si yo fuera Nosferatu.

—¿Y el padre de la niña? —pregunté, antes de que ella se rehiciera.

—El padre, qué —se revolvió Christine, tensa.

—Estamos intentando contactar con él, pero no coge el teléfono.
—Muy propio de él.
—¿No le ha llamado usted?
—No tengo nada que hablar con él.
—También era su hija.
—No lo parecía mucho, por cómo se desentendía de ella. Si ahora quiere hacer el papel de mártir, que se entere por sus medios.
—Entenderá que le diga que no me parece una reacción muy normal.
—Lo entenderé, pero es lo que hay —dijo, con dureza.
—¿Sabe usted dónde está él ahora?
—Ni idea. Imagino que en Birmingham, acodado en alguna barra.
—¿Sabía él que usted estaba aquí con la niña?
—No se lo oculté. Aquí es donde veraneo desde niña con mi familia. Y siempre que llama a la niña se la paso. Lo que ya tendrá que contarles él es por qué la llama de siglo en siglo. ¿Por qué quiere saberlo?
Ignoré su pregunta, e hice la mía:
—¿Cómo de mala era la relación entre ustedes dos?
—¿Qué quiere decir?
—¿Tan mala como para que él pudiera querer vengarse de usted?
Durante un instante, a Christine pareció costarle procesar la idea. Se quedó callada, pensativa. Al cabo de una reflexión que pareció llevarla a las capas más profundas de su conciencia, dijo trabajosamente:
—¿Creen ustedes...? ¿Me está diciendo que él podría estar detrás?
—Casos hay de venganza a través de los hijos. No digo que sea aquí el caso, digo que es una hipótesis que hemos de contemplar.
—No puedo creerme que fuera tan hijo de puta como para...
—*What?* —preguntó Mark, sin poder contenerse.
—*The father, they are suggesting that maybe...* —tradujo Christine, y a renglón seguido añadió—: No sé, no me lo imagino. Además, ¿no cree que aprovecharía para eso cuando la niña estuviera con él?
—No si quisiera quedar impune. No es ni una teoría, sólo es una vía que tenemos que explorar, y que espero que no lleve a nada.
—Si es él, le saco los ojos. Por mis muertos.
—¿Por qué no le llama? A lo mejor a usted sí se lo coge.
—Ya se lo he dicho. No tengo nada que hablar con él.
—¿Ni siquiera ahora?
Sacudió la cabeza, con energía.

—Ni siquiera ahora. Hagan ustedes su trabajo y encuéntralo.

—En ello estamos, vía Interpol. Quizá quiera avisarle.

—No, no quiero.

Al llegar a este punto, bajo la atenta vigilancia de mi sargento, juzgué que ya había ido demasiado lejos y no convenía tensar más la cuerda. Nos detuvimos aún a repasar lo que recordaba Christine de la jornada, un ejercicio rutinario que tampoco dio resultados, y tras agradecerle su colaboración regresamos al puesto donde nos aguardaban nuestros compañeros. Por el camino, cambié impresiones con Chamorro.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

—Que habrá que apretar a los ingleses para que nos digan cuanto antes si John Christie está en Birmingham, y dónde, o si ha viajado en los últimos días. Y que por si acaso no estaría de más ir poniendo en marcha todas esas otras averiguaciones desesperadas que has tenido la deferencia de explicarle con tanto detalle a la madre de la chica.

—Ha funcionado —me excusé—. Ha dejado de echar espumarajos por la boca y hemos podido mantener una conversación.

—Eso no te lo niego. ¿Quieres que llame al juzgado y a la unidad y pida el rastreo de teléfonos, para empezar?

—No me entusiasma la idea, pero habrá que irse haciendo a ella.

A veces, en los momentos de mayor oscuridad, brilla de pronto una luz inesperada. Cuando llegamos al puesto, Lucía me salió al paso.

—Creo que tenemos algo, mi subteniente.

5

No era el objetivo

Era una imagen lejana y borrosa. La había captado con su teléfono móvil un turista que estaba grabando a su novia en el balcón del apartamento. Al fondo, en una zona apenas iluminada, irrumpía de pronto una silueta con un bulto al hombro que parecía un niño dormido, más o menos del tamaño de Ada, según la descripción con que contábamos. Era difícil calcular la estatura del adulto, pero podía situarse alrededor del metro setenta. Llevaba una especie de camisola militar, calzaba botas recias y cubría su cabeza con una gorra de visera. Apenas era visible durante un par de segundos. Aparecía por la esquina en el paseo, torcía hacia su izquierda y desaparecía en una franja de oscuridad.

—El sitio en que aparece está a unos doscientos metros del edificio de apartamentos —nos explicó Lucía—. Para llegar hasta allí, cuestión de suerte o de preparación, recorre un camino en el que no hay ninguna cámara. Y donde desaparece habría dado igual que la hubiera. No se ve absolutamente nada. Hay, eso sí, un detalle curioso en el vídeo.

—¿Cuál? —preguntó Chamorro.

—Tuerce en dirección contraria a donde está la isla.

—¿Podía tener ahí la embarcación? —propuse.

Lucía asintió.

—Habría sido una buena opción, tanto para salir como para volver. En ese tramo de costa sólo hay chalés, y coincide que varios de ellos están desocupados. Quizá no haya en toda la línea de costa un lugar mejor para echar una barca al agua sin que te vean. El inconveniente es que la isla está a un kilómetro y seiscientos metros, y nadie recuerda haber oído esa noche un

motor por la zona. Tuvo que hacerlo remando.

—Sigo preguntándome para qué la complicación de llevarla allí.

Chamorro se encogió de hombros.

—Lo que nos propuso el brigada: quizá para ganar tiempo —dijo—. Tampoco viene mal que el cuerpo aparezca lejos de donde se comete el crimen. Nos pone más difícil resolverlo, eso un malo listo lo sabe.

—Insinúas que en esa imagen la niña está ya muerta.

—Me parece lo más probable. Quién va a arriesgarse a ir así, con una niña dormida que pueda despertarse y ponerse a llorar o a gritar.

—Lo que nos devuelve al móvil del crimen. Puro y simple asesinato, sin más. Quién podía querer matar a una niña de cinco años, y por qué. Quién sería capaz de entrar a por ella y llevársela sin dejar ni una huella.

—He vuelto a pedir que les metan prisa a los de Birmingham —dijo Chamorro—. Según me acaban de informar por Whatsapp desde la unidad, cuando han ido a buscar al padre de la niña a su casa se han encontrado con que no estaba. Dice una vecina que salió de viaje.

—Eso lo convierte en una posibilidad más que sólida —admití—. Habría que ir pensando en consultar los registros de los vuelos desde Birmingham a España en los últimos días. O desde Londres.

—O desde cualquier aeropuerto británico —dijo Chamorro.

—Bien, ponlo en marcha —dije—. En todo caso, no debemos cegarnos con esa posibilidad. Más nos vale centrarnos en lo que tenemos.

—¿Es decir?

—Qué más podemos sacar de esa imagen. A ver, Lucía.

Mi joven compañera arrugó la frente. Para ordenar sus ideas, simplemente. Lo que me dijo ya lo había pensado con anterioridad.

—Primer detalle, la camisola militar. Esa noche, aunque al lado del mar siempre refresca algo, hacía mucho calor. No había ninguna necesidad de abrigarse. Quien se la puso la utilizó, como la gorra de visera, para cubrirse lo más posible. Era una precaución frente al riesgo que acabó materializándose en la grabación de ese teléfono móvil.

—No está mal. Qué más.

—Las botas. Suela potente, si te fijas. Le sirvieron para despistar sobre la estatura, pero también son buenas para caminar por el terreno de la isla. Una acción bien preparada, nada de improvisación.

—Lo que descartaría al depredador casual.

—Es que a ese no lo veo por ninguna parte, mi subteniente —dijo,

empeñosa—. No hizo más que matarla, y deshacerse del cuerpo de una manera un tanto rebuscada, pero muy útil para sus propósitos.

—Premeditación, sigilo, eficacia. ¿Un encargo? —apuntó Chamorro.

—¿Relacionado con qué? —pregunté.

—Quizá no estaría de más mirar si hay alguien con antecedentes en el entorno más cercano de la niña —sugirió mi sargento—. Alguien cuyas actividades hayan podido inducir a otro a darle un escarmiento.

—¿Quién podría ser ese alguien?

—De entrada, hay dos candidatos. Los padres.

—¿Quieres ir tú a preguntarle a Christine si se dedica a algo ilegal?

Chamorro no se arredró ante aquella posibilidad:

—Si el deber lo exige.

Sonreí. No esperaba menos de ella.

—Mejor pedimos que nos miren los archivos antes —dije, y volviéndome a Lucía le consulté—: ¿Tenemos algún fragmento de la grabación del que puedas hacernos una captura decente?

—Algo puede sacarse, pero no prometo milagros.

—Haz lo que puedas y vete con ella al edificio de apartamentos. Se la enseñas a todo el que puedas pillar, incluida Christine. Que te digan si les suena haber visto a alguien vestido así la noche de autos.

—Hecho, mi subteniente.

—Si puede ser, me gustaría que hicieras otra cosa. Ve a hablar con el brigada y que te diga si puso a alguien a preguntar a los que alquilan barcas, del tipo que sea. Desde hidropedales hasta kayaks. Cualquiera cosa que flote y que pudiera llegar hasta la isla. Si lo hizo, que te diga quién y que te cuente qué ha averiguado. Si no, le pides de mi parte que mande a alguien, y que pregunte si observaron algo raro; alguna embarcación de menos, o alguna que estuviera donde no debía.

Lucía salió a la carrera a cumplir la orden. Me quedé a solas en el despacho con Chamorro, a la que vi que algo la reconcomía.

—Dispara, Virgi. Dime lo que estás pensando.

No habló en seguida. En su mente, como en la mía, se dibujaban ideas borrosas, que no podía formular inmediatamente. Sin embargo, cuando se decidió a explicármelas, lo hizo con una claridad que yo no había alcanzado aún. La ventaja de las mentes analíticas.

—Aquí hay algo muy distinto de lo que esperábamos —dijo—. Algo mucho más trabado, y por eso mismo mucho más oscuro.

- Insistes en lo de la venganza criminal.
- Eso no es más que una hipótesis, de varias posibles.
- ¿Entonces?
- Ada no era el objetivo. Estaba en medio, nada más.
- Vuelves a sugerirme lo mismo.
- No necesariamente.
- ¿Qué me quieres decir?
- Es sólo un barrunto. No estoy segura. Déjame darle una vuelta.
- ¿Secretos, a estas alturas? —le pregunté.
- Simple pudor. Me fastidiaría mucho equivocarme.
- Bien, como prefieras. Yo voy a hacer una llamada.

Me pareció que era el momento de poner al día al coronel Hermoso, mi gran jefe. Hasta entonces sólo habría podido balbucearle vaguedades. Ahora tenía varias cosas concretas. Un padre sospechoso en paradero desconocido. Una fotografía del posible autor material del crimen. Un montón de peticiones de información que iban a necesitar, en más de un caso, el respaldo de la autoridad judicial. A aquellas alturas me sentía lo bastante seguro como para hacer las gestiones ante su señoría, pero no me importaba que mi jefe estuviera al tanto. El coronel me escuchó sin interrumpirme. Hizo dos preguntas escuetas, que respondí sin rodeos; en lo que sabía y en lo que no sabía. Pareció bastarle.

—Muy bien, subteniente —dijo—, veo que puedo fiarme de quienes me recomendaron enviarle. No se precipite y sobre todo no dude en usarme si hay alguna contrariedad que necesite que le despeje.

No puedo evitarlo. Me caen bien los jefes que saben que su mayor utilidad, a veces la única, es dejarse usar por sus subordinados.

6

Algo precipitado

A la mañana siguiente, cuando llegamos al puesto, a eso de las ocho y media, nos encontramos con una sorpresa. Un hombre de mediana estatura, tez pálida, cabello oscuro muy corto y unos llamativos ojos de color azul cobalto. Estaba sentado en el vestíbulo, como si esperase. El guardia de puertas se acercó a nosotros:

—Ha llegado hará unos diez minutos. No habla ni una palabra de español y mi inglés no es como para tirar cohetes. Ya he avisado al brigada, me ha dicho que en cinco minutos estará por aquí.

—*Good morning, sir* —me dirigí al desconocido—. *May I help you?*

El hombre se puso en pie. Vi que se mantenía muy erguido y que bajo sus ropas, un polo y un pantalón bien planchados, se adivinaba una musculatura trabajada, sin excesos. Sumando el detalle del pelo corto, me resultó inevitable pensar que estaba ante un militar.

—John Christie —dijo, secamente.

No hacía falta que me dijera más, y lo sabía. Sus ojos se clavaron en los míos con determinación. No podía reprimir la extrañeza que me producía el contraste entre su pelo oscuro y el azul inverosímil de aquellos iris que me interpelaban. Le invité con un gesto a que pasara y me acompañara al despacho que nos habían cedido.

Una vez en el despacho, me presenté y le pedí que tomara asiento. Chamorro acercó una silla a la mesa, de manera que formábamos una especie de triángulo. Christie nos estudió a uno y a otro sucesivamente, como tratando de cerciorarse de la jerarquía que existía entre ambos. Tuvo en seguida claro que el jefe era yo, y le tendió la mano a Chamorro con una cortesía lejana,

mientras le decía:

—*John Christie, nice to meet you.*

—*Nice to meet you. First sergeant Chamorro* —respondió ella.

Por cómo se había referido a él su exmujer, nos habíamos hecho la idea de una especie de *hooligan*, desprovisto de modales y de escasa sofisticación. Los burdos apriorismos con que trabaja la mente en cuanto uno deja de vigilarla, y que en aquel caso se revelaron de lo más descaminados. No me atrevía a descartar que sentado ante el televisor o animando a su equipo en el estadio John Christie no se convirtiera en un energúmeno: he asistido a esa metamorfosis en las personas más delicadas y sutiles; pero en aquella entrevista, que no debía de ser precisamente fácil para él, se condujo con una prudencia y un temple impropios de los treinta y pocos años que aparentaba. Luego supimos que acumulaba seis rotaciones en operaciones de combate, entre Irak y Afganistán. O lo que es lo mismo, que se había visto una y otra vez en situaciones de las que empujan a cualquiera a apretar el gatillo, aguantándose las ganas de hacerlo.

Nos explicó que se había enterado del crimen la víspera, por las noticias: el origen británico de la niña, su muerte en un destino vacacional y la aparición en el islote eran gancho suficiente para los medios de su país. Tan pronto como comprendió que se trataba de su hija, llamó a la madre, que no le cogió el teléfono. Lo siguiente que hizo fue tomar un taxi al aeropuerto y buscar el primer avión que pudiera llevarlo a España. Había llegado a Alicante por la noche y allí había alquilado un coche. Tras varias horas de conducción y un par de horas de sueño —reparé entonces en sus ojeras—, se había plantado en el pueblo y había preguntado por la *police station*. Y allí estaba, para ayudar en lo que pudiera y, sobre todo, para saber qué era lo que sabíamos acerca del asesinato de su pequeña.

Chamorro y yo cruzamos una rápida mirada. Aunque ella había mejorado mucho en los últimos tiempos, yo tenía más soltura con el inglés y además era el jefe del equipo. Asumí que me tocaba.

—Señor Christie —comencé diciendo—, ahora le contaré lo que podemos compartir de nuestras investigaciones. Antes confío en que comprenderá que tengo que hacerle alguna pregunta.

—Lo comprendo perfectamente —respondió.

Era un movimiento comprometido, pero decidí ir al grano:

—¿Puede usted demostrar que viajó ayer?

Christie no se inmutó. Si le ofendía mi pregunta, o si le causaba alguna

especie de nerviosismo o desasosiego, acertó a disimularlo completamente. Sus instructores podían estar orgullosos.

—No ahora mismo —dijo—. Me temo que no me he tomado la precaución de guardar la tarjeta de embarque, mi cabeza estaba en otras cosas. Pero supongo que puede comprobarse sin mucha dificultad con la compañía aérea. Si he de firmarles algún papel para autorizarles a que les faciliten la información, dígamelo.

—¿Con qué compañía voló?

—Ryanair —dijo, sin dudarlo—. Me costó un verdadero dineral, por las prisas, pero fue el vuelo más directo que encontré.

—¿Cómo definiría usted su relación con la madre de su hija?

—Inexistente.

—¿Puede ser algo más explícito?

Hizo memoria con una leve desgana:

—Lo nuestro fue algo precipitado. Cuando la conocí, yo acababa de volver de misión. En los meses que pasé en Afganistán me había dejado mi novia anterior. Por Skype, que le aseguro que sienta como un tiro, cuando estás en medio del fregado, jugándote la vida.

—Le entendemos —dijo—. Hemos estado allí. Los dos.

—¿De veras? —preguntó, incrédulo.

—Sólo unos días. Pero nos hicimos una idea.

—Bueno —continuó—, el hecho es que apareció Christine y me enamoré rápido. También ella de mí, creo. Tan rápido como nos desenamoramos luego. Lo malo es que para entonces ella estaba ya embarazada de ocho meses. Al principio intenté mantener el contacto de la manera más civilizada posible, por el bien de la niña. Soy hijo de madre soltera. Sé lo que es crecer con ese hueco ahí, y no quería que ella lo tuviera. Lo que ocurre es que Christine es una persona imposible. Y tampoco mi oficio es el mejor para ejercer el papel de padre. Desde que nació la niña he tenido que irme de misión tres veces. He llegado hasta donde he podido, pero he comprendido que con su madre no hay nada que hacer. Es un caso perdido.

—Tendrá usted, no sé, un régimen de visitas, o algo así.

—Lo tengo. Flexible. Por mi profesión.

—¿Le ha puesto ella algún problema para estar con la niña?

—No, la verdad. Siempre que he podido y he ido me la ha dejado.

—¿Por cuánto tiempo?

—Nunca más de un día o dos. Como mucho una semana.

—Entiendo.

Christie pareció verse obligado a dar alguna explicación más.

—Al principio era demasiado pequeña. Y estos dos últimos años han sido muy complicados para mí, por mi trabajo.

—¿Puedo preguntarle su graduación?

—Cómo no. Soy capitán. Del Royal Marine Corps.

—Y a estas alturas, ¿sigue sin haber hablado con Christine?

—Dejé de intentarlo.

—¿Y eso?

—Después de veinte llamadas, comencé a tener la ligera sensación de estar perdiendo el tiempo.

Me sorprendió aquella ironía. Tan británica, por lo demás.

—Nuestros compañeros le han estado llamando a usted. ¿Podría decirme por qué no les cogió el teléfono?

—Vi que tenía alguna llamada perdida con el prefijo de España, pero, la verdad, no me imaginé que pudiera tratarse de la policía. Tampoco me dejaron recado, ninguna de las veces.

El aplomo de Christie nos decía muchas cosas. Lo complicado era interpretar si estábamos ante un hombre inocente o ante alguien con un control de sus emociones tan férreo como para cometer un crimen sin dejar rastro y venir a dar la cara luego ante nosotros.

—Imagino que tienen más preguntas —añadió—, pero quisiera decirles cuanto antes algo que creo que les interesa saber.

—¿De qué se trata?

—Tengo una teoría sobre quién lo ha hecho. Y por qué.

7

Un desliz

Lo que Christie sugería era tan aparatoso que nos tomamos unas cuantas horas para hacer una serie de comprobaciones. Puse a mis dos compañeras a cruzar informaciones y a reunir todos los indicios que podían ayudarnos a confirmar o desmentir tanto su coartada como la fea sospecha que acababa de inocularnos. Por mi parte, me pareció también obligado informar a mi coronel y a la autoridad judicial del sesgo imprevisto que tomaba la investigación con la súbita aparición, en Almería, del padre de la niña asesinada. La juez encargada del caso, una mujer de unos cuarenta años, titular de un juzgado mixto civil y penal, y algo abrumada con la carga de trabajo característica de tales órganos judiciales, mayor aún por las fechas veraniegas y el añadido de cubrir a sus compañeros de vacaciones, se dio por enterada y nos pidió que la avisáramos tan pronto como nuestras pesquisas apuntaran de manera inequívoca a alguien. El coronel fue algo más incisivo. De hecho, me acribilló a preguntas, como si quisiera reunir toda la información pertinente para hacerse su propia composición del caso. A continuación me preguntó cuál era mi impresión personal y se la di tan lealmente como pude. Me escuchó, dejó transcurrir un par de segundos y sentenció:

—Estoy de acuerdo. Si surge algo que la cambie, llámeme.

—A la orden, mi coronel.

Todas nuestras diligencias de aquella mañana, y la interpretación que sobre sus resultados fui haciendo con ayuda del equipo, al que incorporé el criterio sólido y el conocimiento del terreno del brigada Cereceda, apuntaban en la misma dirección. Al final de la mañana, cuando acabábamos de ponerlo todo en común, tras la tercera o cuarta tormenta de ideas del día, Chamorro me

recordó:

—Te lo dije. La niña no era el objetivo.

—Te queda todavía un poco para poder darte pisto con tu viejo y cauto subteniente —le advertí—, pero te lo voy a poner fácil.

—Qué quieres decir.

—Vas a ser tú quien haga esta tarde las preguntas.

Citamos a Christine en el puesto. Acudió a la cita algo escamada, en compañía de su novio, Mark Crane. A ninguno de los dos le hizo ninguna gracia cruzarse en el vestíbulo con John Christie.

—*What? You here* —exclamó Christine.

—*Hi, Chris. I am where I must be* —repuso él, con firmeza.

El intercambio parecía más tenso que violento, pero por si acaso me interpose entre ellos. Le pedí a Lucía que llevara a la pareja a otra habitación, y al guardia de puertas que cuidara de que Christie se quedara donde estaba. Una vez que estuve con Christine y con su novio, me dirigí a este, lo que volvió a descolocar a la madre.

—Señor Crane, ¿sería tan amable de acompañarme? —le dije, en inglés —. Usted solo.

—¿Y eso? —protestó Christine.

Traté de sonar lo más rutinario posible:

—Hay un par de detalles que debemos comprobar con él. Pura formalidad. No nos llevará mucho tiempo.

Dejé con Chamorro a Christine, más inquieta que otra cosa. Con Crane fui directamente al asunto. Lo que nos interesaba contrastar con él eran las circunstancias de su relación con Christine, sobre las que le interrogué sin miramientos y él respondió con algún titubeo, pero me pareció que con sinceridad. Claramente no veía por dónde iba, tampoco sabía todo lo que habíamos averiguado. Cuando tuve lo que necesitaba, di por concluida, sin más, la conversación.

Regresamos al despacho donde estaban Christine y Chamorro. Mark hizo ademán de quedarse, pero le rogué que saliera.

—*Why?* —protestó.

—*Please, sir* —insistí.

—Yo quiero que se quede —intervino Christine.

—No, no quiere —dije, cortante.

—Eso lo sabré yo mejor que usted, ¿no cree?

—No, no creo. Dígale que salga ahora mismo, por favor.

Algo se quebró en aquella mujer. Algo que me hizo sentir que íbamos por buen camino, y al mismo tiempo una desazón infinita. Mark salió y ella ya no se atrevió a porfiar más. Había pactado con mi sargento que sería ella la que se ocupara, y me alegré de haberlo hecho. No me apetecía hacer las preguntas que habían de hacerse. Me senté en una esquina y dejé que Chamorro procediera.

Lo primero que hizo fue ponerle sobre la mesa la captura de la grabación del teléfono móvil que mostraba a una figura con un bulto a cuestas, en las inmediaciones de la playa. Christine la miró con una especie de aprensión. Mi compañera le preguntó, directa:

—¿Ha visto antes esta foto?

Christine dudó. Pero en seguida se rehízo.

—Claro —dijo—. Me la enseñó ayer su compañera. Ya le dije a ella que no había visto a nadie vestido así esa noche.

—Intente otra vez.

—¿Qué quiere decir?

—Seguro que puede decirme algo más de esta imagen.

—Perdone, pero no la sigo. ¿De qué va esto?

—Acabamos de pedir una orden judicial de registro, tanto de su coche de alquiler como de su apartamento. ¿Se ha cerciorado de que no vayamos a encontrar esa camisola, esa visera ni esas botas?

Christine abrió desmesuradamente los ojos.

—*What?* ¿Se ha vuelto loca?

—No, le he hecho una pregunta.

—Registren si quieren —le espetó, altiva—. Pierden el tiempo.

Chamorro aflojó el gesto.

—No se ponga así. Siento haber sido un poco brusca. Era sólo una especie de prueba.

—Pues es un juego que no tiene ni puta gracia. ¿De qué va esto?

—Ya nos imaginábamos que esas prendas y esas botas no iban a aparecer. Lo que en realidad quería preguntarle, Christine, es si ha seguido usted entrenando durante estos años con la piragua.

Aquí la mujer palideció de manera más que perceptible.

—¿Có-cómo han...? —tartamudeó.

—Llevamos todo el día, mis compañeros y yo, preguntándonos cómo alguien tan concienzudo ha cometido un desliz de ese calibre. Quizá pensó que aquí, en Almería, investigarían el asunto unos palurdos que no irían a buscar

información a Birmingham. Quizá no contó con que el padre de la niña se plantaría aquí para facilitarnos detalles que usted no pensaba darnos, como este, y que resultarían tan esclarecedores. Quizá le pasó como a casi todos, Christine: que se olvidan de que hay que pensar mucho y muy bien para no dejar un cabo del que pueda tirar quien viene a posteriori a mirarlo todo. Y aun pensando en todo, siempre se le escapa a uno algo.

Christine no paraba de menear la cabeza.

—Me parece alucinante. ¿No cree que antes de acusarme deberían comprobar la coartada de ese hombre que les dice que yo...?

—La hemos comprobado. También tenemos su ficha de la federación británica de piragüismo. Y a un residente en el edificio que, haciendo memoria, dice que la vio junto a la piscina sobre las doce y media, pero no más tarde, cuando volvió a pasar por allí. Y un kayak de alquiler que apareció donde no lo había dejado el encargado por la noche, y que se han llevado nuestros compañeros de Criminalística para tomar huellas. Entre otras cosas, y alguna más que iremos juntando. Supongo que no contempla confesar, pero sería la única atenuante que su abogado podría alegar ante el jurado.

Ahí fue donde Christine se vino abajo y se echó a llorar. No quise preguntarle por qué lo había hecho. Di por buena la conjetura de John Christie, que Mark, espantado, no acertó a negar: aquella única hija, aquel lastre, le impedía el pleno disfrute de su nuevo amor.

*Getafe-Illescas-Barcelona,
19 de agosto-10 de septiembre de 2017*

Agradecimientos

Como de costumbre, el resultado final de este libro debe algo a unas cuantas personas distintas de quien lo firma. Como sucede en todos los míos, ello incluye a mis lectores de guardia: mi mujer, Noemí; mi padre y hermano, Juan José y Manuel Silva; mi compañero y amigo Carlos Soto; mi agente, Laure Merle d'Aubigné; y mi editor, Emili Rosales. Agradezco en este caso, además, la pulcra y atenta labor de edición de Marta Selvas y Alba Serrano, y la sugerencia que me hizo mi hija, Laura Silva, sobre la localización de la cuarta historia.

Hay otra mucha gente, mujeres y hombres de la Guardia Civil, cuyos nombres por más que hiciera memoria no acertaría a reunir exhaustivamente y en algún caso no debo dar. Vaya también a ellos, de este modo, mi reconocimiento y gratitud por su ayuda.

Tantos lobos
Lorenzo Silva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lorenzo Silva, 2017
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la ilustración de la cubierta, Ángel M Charris

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5306-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!





Tantos lobos

Lorenzo Silva



DESTINO